



Herman Melville
Benito Cereno

ELEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

BENITO CERENO

HERMAN MELVILLE

PUBLICADO: 1855

**FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

En el año 1799, el capitán Amasa Delano, de Duxbury, en Massachusetts, al mando de un gran cazador de focas y comerciante en general, ancló con un valioso cargamento en el puerto de Santa María, una pequeña isla desierta y deshabitada situada en el extremo sur de la larga costa de Chile. Allí había atracado en busca de agua.

Al segundo día, poco después del amanecer, mientras estaba acostado en su litera, su oficial bajó y le informó de que una extraña vela se acercaba a la bahía. Entonces los barcos no eran tan abundantes en aquellas aguas como ahora. Se levantó, se vistió y subió a cubierta.

La mañana era peculiar de aquella costa. Todo estaba mudo y en calma; todo gris. El mar, aunque ondulado en largas hileras de olas, parecía fijo, y estaba liso en la superficie como el plomo ondulado que se ha enfriado y fraguado en el molde de la fundición. El cielo parecía un manto gris. Vuelos de agitadas aves grises, emparentadas con vuelos de agitados vapores grises entre los que se mezclaban, revoloteaban bajos e irregulares sobre las aguas, como las golondrinas sobre los prados antes de las tormentas. Sombras presentes, presagiando sombras más profundas por venir.

Para sorpresa del capitán Delano, el extraño, visto a través del cristal, no mostraba ningún color; aunque hacerlo al entrar en un puerto, por deshabitadas que estuvieran sus costas, donde sólo podía haber otro barco, era costumbre entre los pacíficos marinos de todas las naciones. Teniendo en cuenta la anarquía y la soledad del lugar, y el tipo de historias que, en aquella época, se asociaban con aquellos mares, la sorpresa del capitán Delano podría haberse convertido en cierta inquietud si no hubiera sido una persona de una bondad singularmente desconfiada, poco propensa, excepto en casos de incentivos extraordinarios y repetidos, y difícilmente entonces, a entregarse a alarmas personales que implicaran de algún modo la imputación de maldad maligna en el hombre. Si, en vista de lo que la humanidad es capaz de hacer, tal rasgo implica, junto con un corazón benevolente, más rapidez y exactitud de percepción intelectual que las ordinarias, puede dejarse a los sabios que lo determinen.

Pero cualquier recelo que pudiera haber surgido al ver por primera vez a la extraña, casi se habría disipado, en la mente de cualquier marino, al observar que el barco, al navegar hacia el puerto, se acercaba demasiado a tierra; un arrecife hundido asomaba por su proa. Esto parecía demostrar que

era un extraño, no sólo para el cazador de focas, sino también para la isla; por consiguiente, no podía ser un saqueador habitual en aquel océano. Con no poco interés, el capitán Delano continuó observándola, lo que no se veía muy facilitado por los vapores que cubrían parcialmente el casco, a través de los cuales la luz de su camarote se proyectaba de forma bastante equívoca; muy parecida a la del sol, que en aquel momento se encontraba en el borde del horizonte y, al parecer, acompañaba al extraño barco que entraba en el puerto, el cual, envuelto en las mismas nubes bajas y rastreras, mostraba un ojo siniestro, como el de un intrigante limeño, que miraba a través de la plaza desde la aspillería india de su saya-y-manta al anochecer.

Podía tratarse de un engaño de los vapores, pero cuanto más tiempo se observaba a la extraña, más singulares parecían sus maniobras. Pronto pareció difícil decidir si quería entrar o no, qué quería o qué pretendía. El viento, que se había levantado un poco durante la noche, era ahora extremadamente ligero y desconcertante, lo que aumentaba aún más la aparente incertidumbre de sus movimientos. Suponiendo por fin que se trataba de un barco en apuros, el capitán Delano ordenó arriar su ballenera y, ante la cautelosa oposición de su oficial, se preparó para abordarlo y, al menos, pilotearlo. La noche anterior, un grupo de pescadores había recorrido una larga distancia hasta unas rocas separadas, fuera de la vista del cazador de focas, y una o dos horas antes del amanecer había regresado, con no poco éxito. Suponiendo que el extraño se hubiera alejado mucho de los sondeos, el buen capitán metió en su barco varias cestas con pescado para regalar y se alejó. Como seguía demasiado cerca del arrecife hundido, la consideró en peligro y, llamando a sus hombres, se apresuró a informar a los que estaban a bordo de su situación. Pero, un rato antes de que llegara el barco, el viento, aunque flojo, había cambiado de dirección y había alejado la embarcación, además de romper en parte los vapores que la rodeaban.

Al obtener una vista menos lejana, el barco, cuando se hizo visible al borde de las olas plumizas, con los jirones de niebla que lo cubrían de vez en cuando, parecía un monasterio encalado después de una tormenta, encaramado en algún oscuro acantilado de los Pirineos. Pero no era un parecido puramente fantasioso lo que ahora, por un momento, casi llevó al capitán Delano a pensar que se hallaba ante él nada menos que un barco cargado de monjes. Atisbando por encima de los baluartes había lo que realmente parecían, en la brumosa distancia, hordas de oscuras capuchas; mientras que, a

través de los portillos abiertos, se vislumbraban otras figuras oscuras en movimiento, como de frailes negros paseando por los claustros.

Al acercarse un poco más, esta apariencia se modificó y quedó claro el verdadero carácter del navío: un mercante español de primera clase que transportaba esclavos negros, entre otras mercancías valiosas, de un puerto colonial a otro. Un navío muy grande y, en su época, muy fino, como los que en aquellos días se encontraban a intervalos a lo largo de la costa; a veces sustituía a los barcos-tesoro de Acapulco, o a las fragatas retiradas de la armada del rey español, que, como los palacios italianos superados, aún conservaban, bajo la decadencia de los amos, signos de su estado anterior.

A medida que el barco ballenero se acercaba más y más, la causa del peculiar aspecto arcilloso del extraño se veía en el descuido que lo invadía. Las vergas, los cabos y gran parte de los baluartes parecían lanosos, debido a su largo contacto con el rascador, el alquitrán y el cepillo. Parecía que le habían colocado la quilla, armado las costillas y botado desde el Valle de los Huesos Secos de Ezequiel.

En la actividad a la que se dedicaba, el modelo general y el aparejo del barco no parecían haber sufrido ningún cambio material con respecto a su modelo bélico y Froissart original. Sin embargo, no se veían cañones.

Las cubiertas eran grandes y estaban rodeadas de lo que en otro tiempo había sido una red octogonal, ahora en triste estado de deterioro. En una de ellas se veía, posado sobre un ratlín, un noddy blanco, una extraña ave, llamada así por su carácter letárgico y sonámbulo, que se captura a mano con frecuencia en el mar. Maltrecho y mohoso, el castillo de proa parecía una torreta antigua, tomada por asalto hace mucho tiempo y abandonada a su suerte. Hacia popa, dos galerías elevadas -con balaustradas aquí y allá cubiertas de musgo marino, seco y pegajoso- se abrían desde la cabina de mando desocupada, cuyas luces, a pesar de la suavidad del tiempo, estaban herméticamente cerradas y tapiadas; estos balcones sin techo colgaban sobre el mar como si fuera el gran canal veneciano. Pero la principal reliquia de grandeza desvanecida era el amplio óvalo de la pieza de popa en forma de escudo, intrincadamente tallada con las armas de Castilla y León, medallada con grupos de figuras mitológicas o simbólicas, en la parte superior y central de las cuales había un sátiro oscuro con una máscara, sosteniendo

su pie sobre el cuello postrado de una figura retorcida, igualmente enmascarada.

No se sabía con certeza si el barco tenía un mascarón de proa o sólo un simple pico, debido a la lona que envolvía esa parte, bien para protegerla mientras se restauraba, bien para ocultar decentemente su deterioro. A lo largo de la parte delantera de una especie de pedestal situado bajo la lona, estaba pintada o tizada con rudeza, como en una rareza marinera, la frase: "Seguid a vuestro jefe"; mientras que sobre los deslustrados cabeceros, cerca de allí, aparecía, en majestuosas mayúsculas, antaño doradas, el nombre del barco, "SAN DOMINICK", cada letra veteadamente corroída por hili-llos de óxido de púas de cobre; mientras que, como malas hierbas enlutadas, oscuros festones de hierba marina se deslizaban viscosamente de un lado a otro sobre el nombre, con cada balanceo fúnebre del casco.

Cuando, por fin, el barco se enganchó desde la proa hacia la pasarela del centro, su quilla, aún separada unos centímetros del casco, rechinó ásperamente como en un arrecife de coral hundido. Resultó ser un enorme montón de percebes conglobados adheridos bajo el agua a la borda como una wen, señal de aires desconcertantes y largas calmas pasadas en algún lugar de aquellos mares.

Al trepar por la borda, el visitante se vio rodeado de inmediato por una clamorosa multitud de blancos y negros, pero estos últimos superaban en número a los primeros más de lo que cabía esperar, siendo como era el barco de transporte de negros. Pero, en un mismo idioma y como con una sola voz, todos vertieron una historia común de sufrimiento, en la que las negras, que no eran pocas, superaban a los demás en su dolorosa vehemencia. El escorbuto, junto con la fiebre, había barrido a gran parte de su número, sobre todo a los españoles. Frente al Cabo de Hornos se habían salvado por los pelos de naufragar; luego, durante días enteros, habían permanecido en trance sin viento; sus provisiones eran escasas; su agua casi nula; sus labios en aquel momento estaban cocidos.

Mientras el capitán Delano se convertía así en el blanco de todas las lenguas ávidas, su única mirada ávida se fijaba en todos los rostros, con cualquier otro objeto a su alrededor.

Siempre que se aborda por primera vez un barco grande y populoso en alta mar, especialmente uno extranjero, con una tripulación anodina como

lascars u hombres de Manila, la impresión varía de un modo peculiar de la que se produce al entrar por primera vez en una casa extraña con inquilinos extraños en una tierra extraña. Tanto la casa como el barco -la una por sus paredes y persianas, el otro por sus altos baluartes como murallas- ocultan a la vista sus interiores hasta el último momento: pero en el caso del barco hay este añadido: que el espectáculo vivo que contiene, al revelarse repentina y completamente, tiene, en contraste con el océano en blanco que lo zonifica, algo del efecto del encantamiento. El barco parece irreal; esos extraños trajes, gestos y rostros no son más que un sombrío retablo recién emergido de las profundidades, que debe recibir directamente lo que ha dado.

Tal vez fue una influencia como la que se intenta describir más arriba la que, en la mente del capitán Delano, realzó todo lo que, tras un escrutinio reposado, podría haber parecido inusual; Especialmente las conspicuas figuras de cuatro ancianos negros canosos, con la cabeza como la copa de un sauce negro, que, en venerable contraste con el tumulto que había debajo de ellos, estaban tumbados, como esfinges, uno en la gatera de estribor, otro en la de babor y el par restante frente a frente en las amuradas opuestas, sobre las cadenas principales. Cada uno de ellos tenía en las manos trozos de chatarra vieja sin atar y, con una especie de autocontención estoica, estaban recogiendo la chatarra para convertirla en estopa, un pequeño montón de la cual yacía a sus lados. Acompañaban la tarea con un canto continuo, grave y monótono, zumbando y taladrando como tantos gaiteros canosos tocando una marcha fúnebre.

El alcázar se elevaba hasta formar una amplia toldilla elevada, en cuyo borde delantero, elevadas, como los recogedores de estopa, a unos dos metros y medio por encima de la muchedumbre general, se sentaban en fila, separadas por espacios regulares, las figuras de otros seis negros con las piernas cruzadas; cada uno con un hacha oxidada en la mano, que, con un trozo de ladrillo y un trapo, se dedicaba como un scullion a fregar; mientras que entre cada uno de ellos había una pequeña pila de hachas, con los bordes oxidados vueltos hacia delante a la espera de una operación similar. Aunque de vez en cuando los cuatro recogedores de estopa se dirigían brevemente a alguna persona o personas de la muchedumbre, los seis limpiadores de hachas ni hablaban con los demás, ni murmuraban entre ellos, sino que permanecían sentados concentrados en su tarea, excepto a intervalos, cuando, con la peculiar afición de los negros a unir la industria con el pasa-

tiempo, de dos en dos chocaban sus hachas entre sí, como címbalos, con un estruendo bárbaro. Los seis, a diferencia de la generalidad, tenían el aspecto bruto de africanos poco sofisticados.

Pero aquella primera mirada de conjunto que abarcó aquellas diez figuras, con decenas menos conspicuas, no se detuvo más que un instante sobre ellos, cuando, impaciente por el bullicio de las voces, el visitante se volvió en busca de quienquiera que fuese el que comandaba el barco.

Pero como si no estuviera dispuesto a dejar que la naturaleza diera a conocer su propio caso entre su sufrida carga, o bien desesperado por contenerla por el momento, el capitán español, un hombre caballeroso, de aspecto reservado y bastante joven a los ojos de un extraño, vestido con singular riqueza, pero con claras huellas de recientes preocupaciones y desasosiegos insomnes, permaneció pasivamente de pie, apoyado contra el palo mayor, lanzando en un momento una mirada lúgubre y sin ánimo a su excitada gente, y al siguiente una mirada infeliz hacia su visitante. A su lado había un negro de baja estatura, en cuyo rudo rostro, que de vez en cuando, como un perro pastor, se volvía mudamente hacia el del español, se mezclaban por igual la pena y el afecto.

Abriéndose paso entre la multitud, el americano se acercó al español, asegurándole su simpatía y ofreciéndole toda la ayuda que estuviera en su mano. A lo que el español respondió por el momento con un grave y ceremonioso reconocimiento, su formalidad nacional oscurecida por el saturnino estado de ánimo de la mala salud.

Pero sin perder tiempo en meros cumplidos, el capitán Delano, volviendo a la pasarela, hizo subir su cesta de pescado; y como el viento seguía siendo flojo, de modo que debían transcurrir al menos algunas horas antes de que el barco pudiera llegar al fondeadero, ordenó a sus hombres que volvieran al cazador y trajeran tanta agua como pudiera transportar la ballenera, con el pan blando que pudiera tener el camarero, todas las calabazas que quedaban a bordo, una caja de azúcar y una docena de sus botellas privadas de sidra.

No muchos minutos después de que el bote se pusiera en marcha, para disgusto de todos, el viento amainó por completo, y la marea, al cambiar de dirección, empezó a hacer retroceder al barco indefenso hacia el mar. Pero confiando en que esto no duraría mucho, el capitán Delano trató, con bue-

nas esperanzas, de animar a los forasteros, sintiendo no poca satisfacción por el hecho de que, con personas de su condición, podía -gracias a sus frecuentes viajes a lo largo de la costa española- conversar con cierta libertad en su lengua nativa.

Al quedarse a solas con ellos, no tardó en observar algunas cosas que tendían a aumentar sus primeras impresiones; pero la sorpresa se perdió en compasión, tanto por los españoles como por los negros, evidentemente reducidos por la escasez de agua y provisiones; mientras que el sufrimiento prolongado parecía haber sacado a relucir las cualidades menos bondadosas de los negros, además de, al mismo tiempo, mermar la autoridad del español sobre ellos. Pero, dadas las circunstancias, era de esperar que se diera precisamente esta situación. En los ejércitos, las armadas, las ciudades o las familias, en la naturaleza misma, nada relaja más el buen orden que la miseria. Aun así, el capitán Delano no dejaba de pensar que si Benito Cereno hubiera sido un hombre de mayor energía, el desgobierno difícilmente habría llegado a la situación actual. Pero la debilidad, constitucional o inducida por las penurias, corporales y mentales, del capitán español, era demasiado evidente para pasarla por alto. Presa de un abatimiento asentado, como si se hubiera burlado durante mucho tiempo de la esperanza de que ahora no se complacería en ella, incluso cuando hubiera dejado de ser una burla, la perspectiva de aquel día, o de la tarde como muy tarde, anclado, con abundante agua para su gente, y un hermano capitán al que aconsejar y con el que entablar amistad, no parecía animarle en ningún grado perceptible. Su mente parecía desquiciada, si no más gravemente afectada. Encerrado en aquellos muros de roble, encadenado a una aburrida ronda de órdenes, cuya incondicionalidad le agobiaba, se movía lentamente como un abad hipocondríaco, a veces deteniéndose de repente, sobresaltándose o mirando fijamente, mordiéndose el labio, mordiéndose la uña, ruborizándose, palideciendo, crispándose la barba, con otros síntomas de una mente ausente o malhumorada. Este espíritu destemplado estaba alojado, como ya se ha dicho, en un cuerpo igual de destemplado. Era más bien alto, pero parecía no haber sido nunca robusto, y ahora, con el sufrimiento nervioso, estaba casi agotado hasta convertirse en un esqueleto. Al parecer, últimamente se había confirmado su tendencia a padecer alguna enfermedad pulmonar. Su voz era como la de una persona con los pulmones medio agotados: roncamente reprimida, un susurro ronco. No es de extrañar que, como en este estado se tambaleaba, su criado privado le siguiera con aprensión. A veces, el negro

le daba el brazo a su amo o le sacaba el pañuelo del bolsillo; realizaba estos y otros gestos similares con ese celo afectuoso que transforma en algo filial o fraternal actos que en sí mismos no son más que serviles, y que ha ganado para el negro la reputación de ser el sirviente corporal más agradable del mundo; uno, además, con el que un amo no necesita estar en términos rígidos de superioridad, sino que puede tratarlo con confianza familiar; menos un sirviente que un compañero devoto.

Observando la ruidosa indocilidad de los negros en general, así como lo que parecía la hosca ineficacia de los blancos, no fue sin humana satisfacción que el capitán Delano presencié la constante buena conducta de Babo.

Pero la buena conducta de Babo, apenas más que la mala conducta de los demás, pareció sacar al semilunático don Benito de su turbia languidez. No es que tal fuera precisamente la impresión causada por el español en la mente de su visitante. El malestar individual del español no era, por el momento, más que un rasgo conspicuo en la aflicción general del barco. Sin embargo, el capitán Delano no estaba poco preocupado por lo que no podía evitar considerar, por el momento, una indiferencia poco amistosa de don Benito hacia él. Además, los modales del español transmitían una especie de agrio y sombrío desdén, que no parecía esforzarse en disimular. Pero el americano, por caridad, atribuyó esto a los efectos hostigadores de la enfermedad, ya que, en casos anteriores, había observado que hay naturalezas peculiares en las que el sufrimiento físico prolongado parece anular todo instinto social de amabilidad; como si, obligados a comer pan negro, considerasen equitativo que cada persona que se les acercase debiera, indirectamente, por algún desaire o afrenta, participar de su comida.

Pero poco después el capitán Delano pensó que, por muy indulgente que fuera al principio al juzgar al español, quizá no había ejercido la caridad suficiente. En el fondo, era la reserva de Don Benito lo que le desagradaba; pero la misma reserva se mostraba hacia todos, excepto hacia su fiel ayudante personal. Incluso los informes formales que, según el uso marino, le presentaba a determinadas horas algún subalterno, ya fuera blanco, mulato o negro, apenas tenía paciencia para escucharlos sin mostrar una aversión despectiva. Sus modales en tales ocasiones no eran, en su grado, muy distintos de los que cabría suponer que tenía su compatriota imperial, Carlos V., justo antes de la anacoreta retirada de aquel monarca del trono.

Este espléndido desprecio de su lugar se manifestaba en casi todas las funciones que le correspondían. Orgulloso como era de mal humor, no condescendía a ningún mandato personal. Cualesquiera órdenes especiales que fueran necesarias, su entrega era delegada a su sirviente corporal, quien a su vez las transfería a su destino final, a través de corredores, alertas muchachos españoles o muchachos esclavos, como pajes o peces-piloto de fácil llamada revoloteando continuamente alrededor de Don Benito. De modo que al contemplar a este inválido indemostrable deslizándose, apático y mudo, ningún hombre de tierra podría haber soñado que en él se alojaba una dictadura más allá de la cual, mientras estuviera en el mar, no había apelación terrenal.

Así, el español, considerado en su reserva, parecía la víctima involuntaria de un trastorno mental. Pero, de hecho, su reserva podría, en cierta medida, haber procedido de un designio. De ser así, se evidenciaba aquí el malsano clímax de esa gélida aunque concienzuda política, más o menos adoptada por todos los comandantes de grandes navíos, que, excepto en señaladas emergencias, borra por igual la manifestación de la influencia y todo rastro de socialidad; transformando al hombre en un bloque, o más bien en un cañón cargado, que, hasta que no hay llamada para el trueno, no tiene nada que decir.

Viéndole desde este punto de vista, no parecía sino una señal natural del perverso hábito inducido por un largo curso de tan duro autocontrol, que, a pesar de la condición actual de su barco, el español persistiera en una conducta que, por inofensiva o, puede que apropiada, en un barco bien equipado, como el San Dominick podría haber sido al principio del viaje, era cualquier cosa menos juiciosa ahora. Pero el español, tal vez, pensó que con los capitanes ocurría como con los dioses: la reserva, en cualquier caso, debía seguir siendo su tónica. Pero probablemente esta apariencia de dominio adormecido podría no haber sido más que un intento de disfrazar una imbecilidad consciente; no una política profunda, sino un recurso superficial. Pero sea como fuere, tanto si los modales de don Benito eran intencionados como si no, cuanto más notaba el capitán Delano su omnipresente reserva, menos se inquietaba ante cualquier manifestación particular de esa reserva hacia sí mismo.

Tampoco el capitán se ocupaba por sí solo de sus pensamientos. Acostumbrado al tranquilo orden de la comfortable familia de la tripulación del

cazador de focas, la ruidosa confusión del sufrido huésped del San Dominick desafiaba repetidamente su atención. Se observaron algunas infracciones graves, no sólo de la disciplina, sino también de la decencia. El capitán Delano no pudo por menos que atribuir las, en su mayor parte, a la ausencia de aquellos oficiales de cubierta subordinados a los que, junto con los deberes superiores, se confiaba lo que puede llamarse el departamento de policía de un barco populoso. Es cierto que los viejos recolectores de estopa parecían actuar a veces como vigilantes de sus compatriotas, los negros; pero aunque ocasionalmente conseguían apaciguar los pequeños brotes que se producían de vez en cuando entre hombres, poco o nada podían hacer para establecer la calma general. El San Dominick se encontraba en las condiciones de un barco de emigrantes transatlánticos, entre cuya multitud de carga viva hay algunos individuos, sin duda, tan poco molestos como cajas y fardos; pero las amistosas protestas de éstos con sus compañeros más rudos no sirven de tanto como el brazo hostil del oficial. Lo que el San Dominick necesitaba era, lo que el barco emigrante tiene, oficiales superiores severos. Pero en aquellas cubiertas no se veía ni un cuarto oficial.

Se despertó la curiosidad del visitante por conocer los pormenores de aquellos percances que habían provocado semejante absentismo, con sus consecuencias; porque, aunque se había hecho una idea del viaje por los lamentos que le habían saludado en el primer momento, no había llegado a comprender claramente los detalles. Sin duda, el mejor relato lo daría el capitán. Sin embargo, al principio el visitante se mostró reacio a preguntarlo, pues no quería provocar algún desaire lejano. Pero armándose de valor, abordó por fin a don Benito, renovando la expresión de su benevolente interés, añadiendo que si él (el capitán Delano) conociera los detalles de las desgracias del barco, tal vez al final podría aliviarlos mejor. ¿Le contaría Don Benito toda la historia?

Don Benito vaciló; luego, como un sonámbulo súbitamente interferido, miró fijamente a su visitante, y terminó mirando hacia la cubierta. Mantuvo esta postura tanto tiempo, que el capitán Delano, casi igual de desconcertado, e involuntariamente casi igual de grosero, se apartó bruscamente de él, caminando hacia delante para abordar a uno de los marineros españoles y pedirle la información deseada. Pero apenas había avanzado cinco pasos, cuando, con una especie de impaciencia, Don Benito le invitó a volver, la-

mentando su momentánea ausencia de ánimo y declarándose dispuesto a gratificarle.

Mientras se relataba la mayor parte de la historia, los dos capitanes se hallaban en la parte posterior de la cubierta principal, un lugar privilegiado, pues no había nadie cerca, excepto el criado.

"Hace ahora ciento noventa días -comenzó el español, en su ronco susurro- que este barco, bien tripulado y con buena dotación, con varios pasajeros de camarote -unos cincuenta españoles en total- zarpó de Buenos Ayres con destino a Lima, con una carga general, artículos de ferretería, té del Paraguay y cosas por el estilo, y -señalando hacia delante- ese paquete de negros, que ahora no son más de ciento cincuenta, como veis, pero que entonces eran más de trescientas almas. Frente al Cabo de Hornos tuvimos fuertes vendavales. En un momento, por la noche, tres de mis mejores oficiales, con quince marineros, se perdieron, con la vela mayor; la verga se rompió bajo ellos en las eslingas, mientras intentaban, con los heavers, arriar la vela helada. Para aligerar el casco, los sacos de mata más pesados fueron arrojados al mar, con la mayor parte de las tuberías de agua amarradas en cubierta en ese momento. Y fue esta última necesidad, combinada con las prolongadas detecciones experimentadas posteriormente, lo que finalmente provocó nuestras principales causas de sufrimiento. Cuando..."

Aquí se produjo un repentino ataque de tos, provocado, sin duda, por su angustia mental. Su criado le sostuvo y, sacando un brebaje de su bolsillo, se lo llevó a los labios. Se reanimó un poco. Pero no queriendo dejarle sin apoyo mientras estaba imperfectamente restablecido, el negro rodeó a su amo con un brazo, manteniendo al mismo tiempo la mirada fija en su rostro, como si estuviera atento al primer signo de restablecimiento completo, o de recaída, según el caso.

El español prosiguió, pero entrecortada y oscuramente, como en un sueño.

- "¡Oh, Dios mío! antes que pasar por lo que he pasado, con alegría hubiera aclamado los más terribles vendavales; pero..."

Su tos volvió y con mayor violencia; ésta remitió; con los labios enrojecidos y los ojos cerrados cayó pesadamente contra su partidario.

"Su mente divaga. Estaba pensando en la peste que siguió a los vendavales", suspiró lastimeramente el criado; "¡pobre, pobre señor mío!", retorciéndose una mano y enjugándose la boca con la otra. "Pero tenga paciencia, señor", dirigiéndose de nuevo al capitán Delano, "estos ataques no duran mucho; el amo pronto volverá a ser él mismo".

Don Benito, reanimándose, prosiguió; pero como esta parte de la historia fue muy entrecortada, aquí sólo se expondrá lo esencial.

Al parecer, después de que el barco hubiera sido zarandeado durante muchos días por las tormentas frente al Cabo, estalló el escorbuto, que se llevó por delante a muchos blancos y negros. Cuando por fin se adentraron en el Pacífico, sus vergas y velas estaban tan dañadas y los marineros supervivientes, en su mayoría inválidos, las manejaban de forma tan inadecuada que, incapaces de seguir su rumbo hacia el norte por el viento, que era poderoso, el ingobernable barco, durante días y noches sucesivos, fue empujado hacia el noroeste, donde la brisa lo abandonó de repente, en aguas desconocidas, hacia calmas bochornosas. La ausencia de las tuberías de agua resultaba ahora tan fatal para la vida como antes su presencia la había amenazado. Inducida, o al menos agravada, por la más que escasa ración de agua, una fiebre maligna siguió al escorbuto, con el excesivo calor de la calma prolongada, haciendo un trabajo tan corto como para barrer, como por olas, familias enteras de africanos, y un número aún mayor, proporcionalmente, de españoles, incluyendo, por una fatalidad sin suerte, a todos los oficiales que quedaban a bordo. En consecuencia, con los fuertes vientos de poniente que acabaron por seguir a la calma, las velas, ya rotas, tuvieron que ser arriadas, no enrolladas, en caso de necesidad, y quedaron gradualmente reducidas a los harapos de mendigo que eran ahora. Para conseguir sustitutos para sus marineros perdidos, así como suministros de agua y velas, el capitán, en cuanto tuvo oportunidad, se dirigió a Baldivia, el puerto civilizado más meridional de Chile y Sudamérica; pero al acercarse a la costa, el mal tiempo le impidió siquiera avistar el puerto. Desde entonces, casi sin tripulación, y casi sin lona y casi sin agua, y, a intervalos, dando sus muertos al mar, el San Dominick había sido batallado por los vientos contrarios, enredado por las corrientes, o convertido en maleza en las calmas. Como un hombre perdido en el bosque, más de una vez había vuelto sobre su propio rastro.

"Pero a lo largo de estas calamidades -continuó roncamente don Benito, volviéndose penosamente en el medio abrazo de su criado-, tengo que dar las gracias a esos negros que ves, que, aunque a tus ojos inexpertos parezcan revoltosos, se han comportado, en verdad, con menos inquietud de la que incluso su dueño hubiera creído posible en tales circunstancias."

Aquí volvió a retroceder débilmente. Su mente volvió a divagar, pero se recuperó y prosiguió con menos oscuridad.

"Sí, su dueño tenía toda la razón al asegurarme que no necesitaría grilletas con sus negros; de modo que, aunque, como es habitual en este transporte, esos negros siempre han permanecido en cubierta -no empujados hacia abajo, como los guineanos-, también se les ha permitido libremente desde el principio moverse a su antojo dentro de los límites establecidos".

Una vez más volvió el desvanecimiento, su mente divagaba, pero, recuperándose, reanudó:

"Pero es a Babo a quien, bajo Dios, debo no sólo mi propia preservación, sino también a él, principalmente, el mérito de apaciguar a sus hermanos más ignorantes, cuando a intervalos se ven tentados a murmurar."

"Ah, amo", suspiró el negro, inclinando el rostro, "no hables de mí; Babo no es nada; lo que Babo ha hecho no era más que deber".

"¡Compañero fiel!", gritó el capitán Delano. "Don Benito, le envidio un amigo así; esclavo no puedo llamarle".

Mientras amo y hombre se encontraban ante él, el negro sosteniendo al blanco, el capitán Delano no pudo por menos que recordar la belleza de aquella relación que podía presentar tal espectáculo de fidelidad por un lado y de confianza por el otro. La escena se acentuaba por el contraste en la vestimenta, que denotaba sus posiciones relativas. El español llevaba una holgada casaca chilena de terciopelo oscuro; calzones y medias blancas, con hebillas de plata en la rodilla y el empeine; un sombrero de copa alta, de hierba fina; una esbelta espada, con montura de plata, colgada de un nudo de su faja; esto último era un complemento casi invariable, más por utilidad que por ornamento, de la indumentaria de un caballero sudamericano hasta ese momento. Salvo cuando sus ocasionales contorsiones nerviosas le desarreglaban, su atuendo desentonaba curiosamente con el antiestético des-

orden que lo rodeaba, sobre todo en el beligerante gueto, delante del mástil principal, ocupado en su totalidad por los negros.

El criado sólo llevaba pantalones anchos, al parecer, por su tosquedad y sus remiendos, confeccionados con alguna gavia vieja; estaban limpios y sujetos a la cintura por un trozo de cuerda sin trenzar, lo que, con su aire sereno y deprecatorio a veces, le hacía parecer algo así como un fraile mendigo de San Francisco.

Por muy inadecuado que fuera para la época y el lugar, al menos a los ojos del norteamericano de pensamiento franco, y por muy extrañamente que sobreviviera en medio de todas sus aflicciones, el aseo de don Benito no habría ido, al menos en moda, más allá del estilo de la época entre los sudamericanos de su clase. Aunque en el presente viaje, zarpando de Buenos Ayres, se había declarado nativo y residente de Chile, cuyos habitantes no habían adoptado tan generalmente el abrigo sencillo y los pantalones plebeyos de antaño, sino que, con una conveniente modificación, se adherían a su traje provinciano, pintoresco como ninguno en el mundo. Sin embargo, en relación con la pálida historia del viaje y su propio rostro pálido, había algo tan incongruente en el atuendo del español que casi sugería la imagen de un cortesano inválido que se tambaleaba por las calles de Londres en tiempos de la peste.

La parte de la narración que, tal vez, suscitó más interés, así como cierta sorpresa, teniendo en cuenta las latitudes en cuestión, fueron las largas calmas de las que se hablaba y, más concretamente, el hecho de que el barco estuviera tanto tiempo a la deriva. Sin comunicar la opinión, por supuesto, el americano no pudo sino imputar al menos parte de las detenciones tanto a una torpe marinería como a una navegación defectuosa. Observando las manos pequeñas y amarillas de don Benito, dedujo fácilmente que el joven capitán no había tomado el mando por la escotilla, sino por la ventana del camarote; y si era así, ¿por qué extrañarse de la incompetencia, en la juventud, la enfermedad y la gentileza unidas?

Pero ahogando la crítica en compasión, tras una nueva repetición de sus simpatías, el capitán Delano, tras escuchar su historia, no sólo se comprometió, como en primer lugar, a ver a don Benito y a su gente abastecidos en sus necesidades corporales inmediatas, sino que, además, prometió ahora más lejos ayudarle a procurarse un gran suministro permanente de agua, así

como algunas velas y jarcias; y, aunque ello le supondría no pocas molestias, le prestaría tres de sus mejores marineros como oficiales de cubierta provisionales, de modo que el barco pudiera dirigirse sin demora a la Concepción, donde se reabastecería por completo para Lima, su puerto de destino.

Tal generosidad no dejó de tener su efecto, incluso sobre el inválido. Su rostro se iluminó; ansioso y agitado, se encontró con la mirada sincera de su visitante. Parecía abrumado por la gratitud.

"Esta excitación es mala para el amo", susurró el criado, cogiéndole del brazo, y con palabras tranquilizadoras le apartó suavemente.

Cuando Don Benito regresó, al americano le dolió observar que su esperanza, como el repentino encendido de su mejilla, no era más que febril y pasajera.

Al poco rato, con gesto triste y mirando hacia la popa, el anfitrión invitó a su huésped a que le acompañara hasta allí, en beneficio del poco aliento que pudiera estar soplando.

Como, durante la narración de la historia, el capitán Delano se había sobresaltado una o dos veces por el címbalo ocasional de los pulidores de hachas, preguntándose por qué se permitía tal interrupción, especialmente en aquella parte del barco, y en los oídos de un inválido; Además, como las hachas no tenían nada de atractivas, y sus manipuladores aún menos, a decir verdad, el capitán Delano aceptó la invitación de su anfitrión con aparente complacencia, no sin cierta reticencia o incluso retraimiento. Tanto más cuanto que, con un capricho inoportuno de puntillosidad, que su aspecto cadavérico hacía más penoso, don Benito, con reverencias castellanas, insistió solemnemente en que su huésped le precediera por la escalera que conducía a la elevación; donde, uno a cada lado del último peldaño, se sentaban como escudos y centinelas dos de la ominosa fila. El buen capitán Delano pasó entre ellos con cautela, y en el instante de dejarlos atrás, como quien corre el guante, sintió un temblor aprensivo en las pantorrillas.

Pero cuando, al mirar a su alrededor, vio a toda la fila, como otros tantos organilleros, todavía estúpidamente concentrados en su trabajo, sin preocuparse de nada más, no pudo sino sonreír ante su pánico tardío e inquieto.

En un momento dado, mientras estaba de pie con su anfitrión, mirando hacia las cubiertas de abajo, le sorprendió uno de esos casos de insubordinación a los que antes aludíamos. Tres muchachos negros y dos españoles estaban sentados juntos en las escotillas, rascando una tosca fuente de madera, en la que se había cocinado recientemente algún escaso manjar. De repente, uno de los muchachos negros, enfurecido por una palabra soltada por uno de sus compañeros blancos, cogió un cuchillo y, aunque uno de los recogedores de estopa le pidió que se contuviera, golpeó al muchacho en la cabeza, causándole un corte del que manó sangre.

Asombrado, el capitán Delano preguntó qué significaba aquello. A lo que el pálido Don Benito murmuró dulcemente que no era más que el deporte del muchacho.

"Un deporte bastante serio, en verdad", replicó el capitán Delano. "Si tal cosa hubiera ocurrido a bordo del Bachelor's Delight, habría seguido un castigo instantáneo".

Al oír estas palabras, el español dirigió al americano una de sus miradas súbitas, fijas y medio lánguidas; luego, recayendo en su letargo, respondió: "Sin duda, sin duda, señor".

¿Será, pensó el capitán Delano, que este desdichado hombre es uno de esos capitanes de papel que he conocido, que por política guiñan el ojo a lo que por poder no pueden acabar? No conozco espectáculo más triste que el de un comandante que de mando tiene poco más que el nombre.

"Yo pensaría, don Benito -dijo ahora, dirigiendo la mirada hacia el recogedor de estopa que había tratado de interferir con los muchachos-, que os parecería ventajoso mantener empleados a todos vuestros negros, especialmente a los más jóvenes, no importa en qué tarea inútil, ni lo que le ocurra al barco. Incluso con mi pequeña banda, me parece indispensable. Una vez mantuve a una tripulación en mi castillo de popa fabricando esteras para mi camarote, cuando, durante tres días, había abandonado mi barco -esteras, hombres y todo- por una rápida pérdida, debida a la violencia de un vendaval, en el que no podíamos hacer otra cosa que avanzar impotentes ante él."

"Sin duda, sin duda", murmuró don Benito.

"Pero -continuó el capitán Delano, mirando de nuevo a los recogedores de estopa y luego a los limpiadores de hachas, que estaban cerca-, veo que

manteníis empleados, al menos, a algunos de vuestros anfitriones."

"Sí", fue de nuevo la respuesta vacía.

"Esos ancianos de allí, que sacuden sus arpas desde sus púlpitos -continuó el capitán Delano, señalando a los recogedores de roble-, parecen actuar como viejos dominadores del resto, por muy poco que a veces se escuchan sus advertencias. ¿Es esto voluntario por su parte, don Benito, o los habéis nombrado pastores de vuestro rebaño de ovejas negras?"

"Los puestos que ocupan, yo los nombré", replicó el español, en tono acre, como si le molestara alguna supuesta reflexión satírica.

"Y estos otros, estos prestidigitadores de Ashantee de aquí", continuó el capitán Delano, mirando con cierta inquietud el acero blandido de los pulidores de hachas, donde, en algunos puntos, había quedado reluciente, "¿parece un curioso negocio el que se traen entre manos, don Benito?"

"En los vendavales que tuvimos -respondió el español-, lo que de nuestra carga general no fue arrojado por la borda resultó muy dañado por la salmuera. Desde que entramos en tiempo de calma, he hecho subir diariamente varias cajas de cuchillos y hachas para su revisión y limpieza."

"Una idea prudente, don Benito. Supongo que eres copropietario del barco y de la carga, pero quizá no de los esclavos".

"Soy dueño de todo lo que ves", respondió impaciente don Benito, "excepto de la compañía principal de negros, que pertenecía a mi difunto amigo, Alexandro Aranda".

Al mencionar este nombre, se le encogió el corazón; le temblaron las rodillas; su criado le sostuvo.

Creyendo adivinar la causa de tan inusitada emoción, para confirmar su conjetura, el capitán Delano, tras una pausa, dijo: "Y puedo preguntarle, don Benito, si -ya que hace un rato habló de algunos pasajeros de camarote- el amigo, cuya pérdida tanto le aflige, al principio del viaje acompañaba a sus negros."

"Sí".

"¿Pero murió de fiebre?"

"Murió de fiebre. Oh, si pudiera..."

De nuevo tembloroso, el español hizo una pausa.

"Perdonadme", dijo el capitán Delano, en voz baja, "pero creo que, por una simpática experiencia, conjeturo, don Benito, qué es lo que da más agudeza a vuestro dolor. Una vez tuve la mala fortuna de perder, en el mar, a un querido amigo, mi propio hermano, entonces supercargado. Seguro del bienestar de su espíritu, hubiera podido soportar su partida como un hombre; pero ese ojo honesto, esa mano honesta -ambos se habían encontrado tantas veces con la mía- y ese corazón cálido; todo, todo -como las sobras a los perros- ¡arrojarlo todo a los tiburones! Fue entonces cuando juré no volver a tener como compañero de viaje a un hombre al que amaba, a menos que, sin que él lo supiera, hubiera proporcionado todos los requisitos para embalsamar su parte mortal y enterrarla en tierra, en caso de muerte. Si los restos de vuestro amigo estuvieran ahora a bordo de este barco, don Benito, no os afectaría tan extrañamente la mención de su nombre."

"¿A bordo de este barco?", repitió el español. Luego, con gestos horrorizados, como dirigidos contra algún espectro, cayó inconscientemente en los brazos dispuestos de su ayudante, quien, con un llamamiento silencioso hacia el capitán Delano, parecía suplicarle que no volviera a abordar un tema tan indeciblemente angustioso para su amo.

Este pobre hombre, pensó el dolido americano, es ahora víctima de esa triste superstición que asocia a los duendes con el cuerpo abandonado del hombre, como a los fantasmas con una casa abandonada. ¡Qué diferentes somos! Lo que para mí, en un caso semejante, habría sido una solemne satisfacción, la mera sugerencia, incluso, aterroriza al español en este trance. Pobre Alejandro Aranda! ¿Qué dirías si vieras aquí a tu amigo -que, en viajes anteriores, cuando tú, durante meses, te quedabas atrás, me atrevería a decir que a menudo ha anhelado, y anhelado, una ojeada tuya-, ahora transportado por el terror ante la menor idea de tenerte de todos modos cerca de él?

En aquel momento, con un lúgubre tañido de sepulcro que indicaba un fallo, la campana del castillo de proa del barco, tocada por uno de los canosos recogedores de estopa, proclamó las diez en punto, a través de la calma plomiza; cuando la atención del capitán Delano fue captada por la figura en movimiento de un negro gigantesco, que emergía de la multitud general de abajo y avanzaba lentamente hacia la popa elevada. Llevaba un collar de

hierro en el cuello, del que dependía una cadena, enrollada tres veces alrededor de su cuerpo; los eslabones finales se unían con candado en una ancha banda de hierro, su ceñidor.

"¡Cómo se mueve un Atufal mudo!", murmuró el criado.

El negro subió los escalones de la popa y, como un prisionero valiente, llevado a recibir sentencia, permaneció en un mutismo imperturbable ante Don Benito, ya recuperado de su ataque.

Al verle acercarse, Don Benito se sobresaltó, una sombra de resentimiento recorrió su rostro y, como con el repentino recuerdo de una rabia inútil, sus blancos labios se pegaron.

Es un amotinado, pensó el capitán Delano, observando, no sin una mezcla de admiración, la colosal figura del negro.

"Vea, espera su pregunta, amo", dijo el criado.

Así recordado, don Benito, desviando nerviosamente la mirada, como si rehuyera, por anticipación, alguna respuesta rebelde, con voz desconcertada, habló así:-

"Atufal, ¿me pides perdón ahora?".

El negro guardó silencio.

"Otra vez, amo", murmuró el criado, mirando con amarga reprimenda a su paisano, "Otra vez, amo; aún se doblegará al amo".

"Responde", dijo don Benito, desviando aún la mirada, "di una sola palabra, perdón, y se te quitarán las cadenas".

A esto, el negro, levantando lentamente ambos brazos, los dejó caer sin vida, sus eslabones tintineando, su cabeza inclinada; tanto como para decir: "no, estoy contento."

"Vete", dijo don Benito, con emoción callada y desconocida.

Deliberadamente como había venido, el negro obedeció.

"Perdone, don Benito", dijo el capitán Delano, "pero esta escena me sorprende; ¿qué significa, por favor?".

"Significa que sólo ese negro, de toda la banda, me ha dado un motivo peculiar de ofensa. Le he encadenado; yo...".

Aquí hizo una pausa; se llevó la mano a la cabeza, como si nadara en ella o le invadiera un repentino desconcierto de la memoria; pero al encontrarse con la amable mirada de su criado pareció tranquilizarse, y prosiguió:-

"No podía azotar semejante forma. Pero le dije que debía pedirme perdón. Hasta ahora no lo ha hecho. Por orden mía, cada dos horas se presenta ante mí".

"¿Y desde cuándo?"

"Unos sesenta días".

"¿Y obediente en todo lo demás? ¿Y respetuoso?"

"Sí".

"Por mi conciencia, entonces", exclamó el capitán Delano, impulsivamente, "tiene un espíritu real en él, este tipo".

"Puede que tenga algún derecho a ello", replicó amargamente don Benito, "dice que fue rey en su propia tierra".

"Sí", dijo el criado, entrando en palabras, "esas hendiduras de las orejas de Atufal albergaron antaño cuñas de oro; pero el pobre Babo aquí, en su propia tierra, no era más que un pobre esclavo; esclavo de un negro era Babo, que ahora lo es del blanco".

Algo molesto por estas familiaridades conversacionales, el capitán Delano se volvió con curiosidad hacia el ayudante, luego miró inquisitivamente a su amo; pero, como si estuvieran acostumbrados desde hacía tiempo a estas pequeñas informalidades, ni el amo ni el hombre parecieron entenderle.

"¿Cuál fue, por favor, la ofensa de Atufal, don Benito?", preguntó el capitán Delano; "si no fue algo muy grave, tomad el consejo de un tonto y, en vista de su docilidad general, así como en cierto respeto natural por su espíritu, condonadle la pena."

"No, no, el amo nunca hará eso", murmuró para sí el criado, "el orgulloso Atufal debe pedir primero perdón al amo". El esclavo de allí lleva el candaño, pero el amo de aquí lleva la llave".

Dirigida así su atención, el capitán Delano advirtió ahora por primera vez que, suspendida del cuello de don Benito por un delgado cordón de seda,

colgaba una llave. Al instante, por las sílabas murmuradas por el criado, adivinando el propósito de la llave, sonrió y dijo: "Así que, don Benito, el candado y la llave son símbolos significativos, en verdad".

Mordiéndose el labio, don Benito vaciló.

Aunque el comentario del capitán Delano, un hombre de una sencillez tan nativa como para ser incapaz de sátira o ironía, había sido soltado en juguetona alusión al singularmente evidente señorío del español sobre el negro; sin embargo, el hipocondríaco parecía haberlo tomado de algún modo como una reflexión maliciosa sobre su confesada incapacidad hasta el momento para doblegar, al menos con una llamada verbal, la arraigada voluntad del esclavo. Deplorando este supuesto malentendido, pero desesperado por corregirlo, el capitán Delano cambió de tema; pero al encontrar a su compañero más retraído que nunca, como si todavía estuviera digiriendo agriamente los posos de la presunta afrenta antes mencionada, el capitán Delano también se volvió menos hablador, oprimido, en contra de su propia voluntad, por lo que parecía la secreta venganza del morbosamente sensible español. Pero el buen marinero, que tenía un carácter totalmente opuesto, se abstuvo, por su parte, tanto de la apariencia como del sentimiento de resentimiento, y si guardaba silencio, sólo lo hacía por contagio.

En un momento dado, el español, ayudado por su criado, se apartó de su invitado con cierta descortesía; un procedimiento que, sensiblemente, podría haber pasado por un capricho ocioso de mal humor, si el amo y el hombre no hubieran empezado a cuchichear en voz baja, merodeando por la esquina de la elevada claraboya. Esto era desagradable. Y aún más; el aire malhumorado del español, que a veces no había estado exento de una especie de majestuosidad valetudinaria, ahora parecía cualquier cosa menos digno; mientras que la familiaridad servil del criado perdía su encanto original de apego de corazón sencillo.

En su desconcierto, el visitante volvió la cara hacia el otro lado del barco. Al hacerlo, su mirada se posó accidentalmente en un joven marinero español, con un rollo de cuerda en la mano, que acababa de pasar de la cubierta a la primera vuelta del aparejo de mesana. Tal vez el hombre no habría llamado especialmente la atención, si no fuera porque, durante su ascenso a una de las vergas, mantenía, con una especie de disimulada atención, los

ojos fijos en el capitán Delano, de quien, al poco rato, pasaron, como por una secuencia natural, a los dos susurradores.

Cuando su atención se dirigió hacia allí, el capitán Delano dio un ligero respingo. Por algo en los modales de don Benito en aquel momento, parecía como si el visitante hubiera sido, al menos en parte, el objeto de la retraída consulta que se estaba llevando a cabo, una conjetura tan poco agradable para el invitado como poco halagadora para el anfitrión.

Las singulares alternancias de cortesía y mala educación en el capitán español eran inexplicables, excepto en uno de estos dos supuestos: locura inocente o malvada impostura.

Pero la primera idea, aunque hubiera podido ocurrírsele naturalmente a un observador indiferente, y, en cierto sentido, no había sido hasta entonces totalmente extraña a la mente del capitán Delano, sin embargo, ahora que, de manera incipiente, empezaba a considerar la conducta del desconocido algo así como una afrenta intencionada, por supuesto la idea de locura quedaba virtualmente desechada. Pero si no era un lunático, ¿entonces qué? Dadas las circunstancias, ¿actuaría un caballero, no, cualquier patán honesto, como lo hacía ahora su anfitrión? Aquel hombre era un impostor. Un aventurero de baja cuna, disfrazado de grande oceánico, pero tan ignorante de los primeros requisitos de la mera caballerosidad como para dejarse traicionar por el notable indecorum actual. Aquella extraña ceremoniosidad, que en otras ocasiones también se manifestaba, no parecía impropia de alguien que representaba un papel por encima de su nivel real. Benito Cereno-Don Benito Cereno-un nombre sonoro. En aquella época, el apellido no era desconocido para los supercargueros y capitanes de barco que comerciaban a lo largo del Meno español, pues pertenecía a una de las familias mercantiles más emprendedoras y extensas de todas aquellas provincias; varios de sus miembros poseían títulos; una especie de Rothschild castellano, con un hermano o primo noble en cada gran ciudad comercial de Sudamérica. El supuesto Don Benito era un hombre joven, de unos veintinueve o treinta años. Asumir una especie de cadete errante en los asuntos marítimos de semejante casa, ¿qué plan más probable para un joven bribón de talento y espíritu? Pero el español era un pálido inválido. No importaba. Pues hasta el grado de simular una enfermedad mortal habían llegado las artimañas de algunos embaucadores. Pensar que, bajo el aspecto de una de-

bilidad infantil, podían ocultarse las energías más salvajes, aquellos terciopelos del español no eran más que la zarpa sedosa de sus colmillos.

Estas fantasías no procedían de ninguna línea de pensamiento; no venían de dentro, sino de fuera; de repente, además, y en una multitud, como escaracha; pero tan pronto como el suave sol de la bondad del capitán Delano recuperaba su meridiano, se desvanecían.

Mirando una vez más hacia su anfitrión -cuyo rostro lateral, revelado por encima de la claraboya, se volvía ahora hacia él-, quedó impresionado por el perfil, cuya nitidez de corte estaba refinada por la delgadez, consecuencia de la mala salud, así como ennoblecida en la barbilla por la barba. Fuera sospechas. Era un verdadero vástago de un verdadero hidalgo Cereno.

Aliviado por estos y otros pensamientos mejores, el visitante, tarareando ligeramente una melodía, comenzó a pasear indiferentemente por la popa, para no delatar a don Benito que había desconfiado en absoluto de la incivildad, y mucho menos de la duplicidad; pues tal desconfianza se demostraría ilusoria, y por el hecho; aunque, por el momento, la circunstancia que había provocado esa desconfianza permanecía inexplicada. Pero cuando ese pequeño misterio se hubiera aclarado, el capitán Delano pensó que podría lamentarlo enormemente, si permitía que don Benito se diera cuenta de que se había permitido conjeturas poco generosas. En resumen, para el español era mejor, por un tiempo, dejar el margen abierto.

De pronto, con el rostro pálido y ensombrecido, el español, todavía apoyado en su ayudante, se acercó a su invitado, cuando, con más vergüenza de la habitual y una extraña entonación intrigante en su ronco susurro, comenzó la siguiente conversación:-

"Señor, ¿puedo preguntarle cuánto tiempo ha permanecido en esta isla?" .

"Oh, sólo uno o dos días, don Benito".

"¿Y de qué puerto venís por última vez?"

"De Cantón".

"Y allí, Señor, cambiasteis vuestras pieles de foca por tés y sedas, creo que dijisteis".

"Sí, sedas, sobre todo".

"¿Y el resto te lo llevaste en especies, tal vez?".

El capitán Delano, inquietándose un poco, contestó-

"Sí; algo de plata; aunque no mucha".

"Ah, bueno. ¿Puedo preguntarle cuántos hombres tiene, señor?"

El capitán Delano se sobresaltó un poco, pero contestó

"Unos veinticinco, en total".

"Y en la actualidad, señor, supongo que todos a bordo".

"Todos a bordo, don Benito", respondió el capitán, ahora con satisfacción.

"¿Y lo estarán esta noche, señor?".

Ante esta última pregunta, que seguía a tantas otras pertinaz, el capitán Delano no pudo por menos que mirar muy seriamente a su interlocutor, quien, en lugar de responder a la mirada, dejó caer los ojos hacia la cubierta con toda muestra de cobarde incomodidad, lo que constituía un indigno contraste con su criado, que en aquel momento estaba arrodillado a sus pies, ajustándose una hebilla suelta; su rostro desencajado, entretanto, con humilde curiosidad, se volvía abiertamente hacia el abatido de su amo.

El español, aún con aire culpable, repitió su pregunta:

"¿Y-y será esta noche, señor?".

"Sí, por lo que sé", respondió el capitán Delano, "pero no", reafirmando en una verdad intrépida, "algunos de ellos hablaron de partir en otra partida de pesca hacia medianoche".

"Vuestros barcos suelen salir más o menos armados, ¿creo, Señor?".

"Oh, uno o dos cañones de seis libras, en caso de emergencia", fue la respuesta intrépidamente indiferente, "con una pequeña reserva de mosquetes, lanzas de foca y sables, ya sabes".

Al responder así, el capitán Delano miró de nuevo a don Benito, pero éste desvió la mirada; mientras cambiaba brusca y torpemente de tema, hizo alguna alusión malhumorada a la calma, y luego, sin disculparse, una vez más, con su ayudante, se retiró a los baluartes opuestos, donde se reanudó el cuchicheo.

En ese momento, y antes de que el capitán Delano pudiera reflexionar serenamente sobre lo que acababa de ocurrir, se vio descender de las jarcias al joven marinero español antes mencionado. Al inclinarse para saltar a cubierta, su voluminoso e ilimitado vestido, o camisa, de lana gruesa, muy manchada de alquitrán, se abrió hasta el pecho, revelando una sucia prenda interior de lo que parecía el lino más fino, ribeteada, alrededor del cuello, con una estrecha cinta azul, tristemente descolorida y desgastada. En ese momento, la mirada del joven marinero se fijó de nuevo en los murmuradores, y el capitán Delano creyó observar en ella un significado acechante, como si en ese instante se hubieran intercambiado señales silenciosas, de algún tipo masónico.

Esto impulsó una vez más su propia mirada en dirección a don Benito y, como antes, no pudo sino deducir que él mismo constituía el tema de la conferencia. Hizo una pausa. El sonido del pulido del hacha llegó a sus oídos. Volvió a mirar a los dos de reojo. Tenían aire de conspiradores. En relación con los últimos interrogatorios y el incidente del joven marinero, estas cosas provocaban ahora tal retorno de la sospecha involuntaria, que la singular candidez del americano no podía soportarlo. Adoptando una expresión alegre y humorística, se acercó rápidamente a los dos, diciendo: "Ja, don Benito, su negro parece ser de su confianza; una especie de consejero privado, de hecho".

Al oír esto, el criado levantó la vista con una sonrisa bonachona, pero el amo se sobresaltó como por una mordedura venenosa. Pasaron uno o dos instantes antes de que el español se recobrará lo suficiente como para responder; lo que hizo, al fin, con frío esfuerzo: "Sí, señor, confío en Babo".

Aquí Babo, cambiando su anterior mueca de mero humor animal por una sonrisa inteligente, no sin gratitud miró a su amo.

Al ver que el español permanecía ahora callado y reservado, como si involuntaria o intencionadamente diera a entender que la proximidad de su invitado era inconveniente en aquel momento, el capitán Delano, poco dispuesto a parecer descortés hasta la propia incivilidad, hizo algún comentario trivial y se alejó; una y otra vez daba vueltas en su mente al misterioso comportamiento de don Benito Cereno.

Había descendido de la popa y, sumido en sus pensamientos, pasaba cerca de una oscura escotilla que conducía al camarote, cuando, al percibir mo-

vimiento allí, miró para ver qué se movía. En el mismo instante hubo un destello en la sombría escotilla, y vio a uno de los marineros españoles, que merodeaba por allí metiendo apresuradamente la mano en el pecho de su vestido, como si ocultara algo. Antes de que el hombre pudiera estar seguro de quién era el que pasaba, se escabulló por debajo hasta perderse de vista. Pero se le vio lo suficiente como para asegurarse de que era el mismo joven marinero que se había visto antes en las jarcias.

¿Qué era aquello que tanto brillaba? pensó el capitán Delano. No era una lámpara, ni una cerilla, ni una brasa. ¿Sería una joya? Pero, ¿cómo es que hay marineros con joyas, o con camisetas interiores ribeteadas de seda? ¿Ha estado robando en los baúles de los pasajeros muertos? Pero si es así, difícilmente llevaría aquí a bordo uno de los artículos robados. Ah, ah... si ésa fuera, en efecto, una señal secreta que vi pasar entre este tipo sospechoso y su capitán hace un rato; si pudiera estar seguro de que, en mi inquietud, mis sentidos no me engañaban, entonces...

Aquí, pasando de una cosa sospechosa a otra, su mente daba vueltas a las extrañas preguntas que se le hacían sobre su barco.

Por una curiosa coincidencia, a medida que recordaba cada punto, los magos negros de Ashantee golpeaban con sus hachas, como en ominoso comentario sobre los pensamientos del forastero blanco. Presionados por tales enigmas y presagios, habría sido casi contra natura si, incluso en el corazón menos desconfiado, no hubieran surgido algunos feos recelos.

Observando el barco, que ahora caía indefenso en la corriente, con las velas encantadas, a la deriva con creciente rapidez hacia el mar; y notando que, desde un saliente de tierra recientemente interceptado, se ocultaba el cazador de focas, el robusto marino empezó a estremecerse ante pensamientos que apenas se atrevía a confesarse a sí mismo. Sobre todo, empezó a sentir un temor fantasmal hacia Don Benito. Y, sin embargo, cuando se despertó, dilató el pecho, se sintió fuerte sobre las piernas y lo consideró fríamente: ¿a qué equivalían todos estos fantasmas?

Si el español tenía algún plan siniestro, debía referirse no tanto a él (el capitán Delano) como a su barco (el Bachelor's Delight). De ahí que el actual alejamiento de un barco del otro, en lugar de favorecer cualquier posible plan, se opusiera a él, al menos por el momento. Evidentemente, cualquier sospecha que combinara tales contradicciones debía ser necesaria-

mente engañosa. Además, ¿no era absurdo pensar en un navío en apuros, un navío casi sin tripulación por enfermedad, un navío cuyos tripulantes estaban sedientos de agua, no era mil veces absurdo que tal navío tuviera, en ese momento, un carácter pirático, o que su comandante, por sí mismo o por sus subordinados, albergara otro deseo que no fuera el de un rápido alivio y refresco? Pero entonces, ¿no se verían afectadas la angustia general y la sed en particular? ¿Y no podría estar acechando en ese mismo momento en la bodega la misma tripulación española, que supuestamente había perecido? Con la desconsolada pretensión de suplicar un vaso de agua fría, demonios con forma humana se habían introducido en moradas solitarias, y no se habían retirado hasta haber consumado una oscura hazaña. Y entre los piratas malayos, no era nada raro atraer a los barcos tras ellos a sus traicioneros puertos, o atraer a los abordados de un enemigo declarado en el mar, mediante el espectáculo de cubiertas escasamente tripuladas o vacías, bajo las cuales merodeaban cien lanzas con brazos amarillos dispuestas a atravesarles las esteras. No es que el capitán Delano hubiera creído del todo tales cosas. Había oído hablar de ellas y ahora, como historias, se repetían. El destino actual del barco era el fondeadero. Allí estaría cerca de su propio navío. Al llegar allí, ¿no podría el San Dominick, como un volcán dormido, liberar súbitamente energías ahora ocultas?

Recordó los modales del español mientras le contaba su historia. Había en ella una sombría vacilación y un subterfugio. Eran las maneras de alguien que se inventa una historia con fines malvados. Pero si aquella historia no era cierta, ¿cuál era la verdad? ¿Que el barco había llegado ilegalmente a poder del español? Pero en muchos de sus detalles, especialmente en lo que se refiere a las partes más calamitosas, como las muertes entre los marineros, el consiguiente y prolongado zarandeo, los sufrimientos pasados por calmas obstinadas y el sufrimiento aún continuado de la sed; En todos estos puntos, así como en otros, el relato de don Benito había corroborado no sólo las jaculatorias plañideras de la multitud indiscriminada, blanca y negra, sino también -lo que parecía imposible de falsificar- por la expresión misma y el juego de cada rasgo humano, que el capitán Delano vio. Si la historia de Don Benito era, en todo momento, una invención, entonces cada alma a bordo, hasta la más joven de las negras, era su recluta cuidadosamente adiestrada en la trama: una inferencia increíble. Y, sin embargo, si había motivos para desconfiar de su veracidad, esa inferencia era legítima.

Pero esas preguntas sobre el español. Ahí, en efecto, uno podría detenerse. ¿No parecían hechas con el mismo objeto con que el ladrón o el asesino, de día, reconocen las paredes de una casa? Pero, con malos propósitos, solicitar tal información abiertamente a la principal persona en peligro, y así, en efecto, ponerla en guardia; ¿qué improbable procedimiento era ése? Absurdo, pues, suponer que aquellas preguntas hubieran sido impulsadas por malos designios. Así, la misma conducta que, en este caso, había hecho saltar la alarma, sirvió para disiparla. En resumen, apenas había sospecha o inquietud, por muy aparentemente razonable que fuera en aquel momento, que no fuera ahora, con igual aparente razón, desechada.

Por fin empezó a reírse de sus antiguos presentimientos, y a reírse del extraño barco porque, por su aspecto, en cierto modo se ponía de su parte; y a reírse también de los negros de aspecto extraño, en particular de aquellos viejos afiladores de tijeras, los Ashantees; y de aquellas viejas tejedoras postradas en cama, las recogedoras de estopa; y casi del propio español oscuro, el duende central de todos.

Por lo demás, todo lo que de serio parecía enigmático, se explicaba ahora de buen grado por la idea de que, en su mayor parte, el pobre inválido apenas sabía de qué iba; o bien se enfurruñaba en negros vapores, o formulaba preguntas ociosas sin sentido ni objeto. Evidentemente, por el momento, el hombre no era apto para que le confiaran el barco. Por algún benevolente motivo que le retirase el mando, el capitán Delano tendría que enviarla a la Concepción, a cargo de su segundo oficial, una persona digna y buen navegante, un plan no más conveniente para el San Dominick que para Don Benito; pues, aliviado de toda ansiedad, manteniéndose totalmente en su camarote, el enfermo, bajo la buena atención de su sirviente, probablemente, al final de la travesía, recuperaría en cierta medida la salud, y con ello también la autoridad.

Tales eran los pensamientos del americano. Eran tranquilizadores. Había una diferencia entre la idea de que Don Benito predestinara oscuramente el destino del capitán Delano y la de que el capitán Delano dispusiera ligeramente el de Don Benito. Sin embargo, no sin cierto alivio, el buen marino percibió su ballenera a lo lejos. Su ausencia se había prolongado por la inesperada detención junto al cazador de focas, así como su viaje de regreso, alargado por el continuo retroceso de la meta.

La mancha que avanzaba fue observada por los negros. Sus gritos atrajeron la atención de Don Benito, quien, devolviendo la cortesía, acercándose al capitán Delano, expresó su satisfacción por la llegada de algunos suministros, por leves y temporales que necesariamente debían resultar.

El capitán Delano respondió; pero mientras lo hacía, su atención se vio atraída por algo que ocurría en la cubierta inferior: entre la multitud que trepaba por los baluartes de tierra, observando ansiosamente la llegada del barco, dos negros, al parecer incomodados accidentalmente por uno de los marineros, le empujaron violentamente a un lado, lo que el marinero, en cierto modo resentido, le arrojó a la cubierta, a pesar de los serios gritos de los recogedores de estopa.

"Don Benito", dijo rápidamente el capitán Delano, "¿ve lo que está pasando ahí? Mira!"

Pero, presa de la tos, el español se tambaleó, con ambas manos en la cara, a punto de caer. El capitán Delano le habría sostenido, pero el criado estaba más alerta, y con una mano sostenía a su amo, mientras con la otra le aplicaba el cordial. Restablecido don Benito, el negro retiró su apoyo, apartándose un poco, pero permaneciendo obedientemente al alcance de un susurro. Aquí se mostró tal discreción que borró por completo, a los ojos del visitante, cualquier mancha de impropiedad que pudiera haberse adherido al asistente, por las indecorosas conferencias antes mencionadas; mostrando, también, que si el sirviente tenía la culpa, podría ser más culpa del amo que suya, ya que, cuando se le dejaba solo, podía comportarse así de bien.

Al apartar la mirada del espectáculo de desorden para dirigirla al más agradable que tenía ante sí, el capitán Delano no pudo evitar felicitar de nuevo a su anfitrión por poseer un criado como aquél, que, aunque quizá un poco demasiado atrevido de vez en cuando, en conjunto debía de ser inestimable para alguien en la situación del inválido.

"Dígame, don Benito -añadió con una sonrisa-, a mí también me gustaría tener aquí a su hombre, ¿cuánto pediría por él? ¿Servirían cincuenta doblones?".

"El amo no se desprendería de Babo ni por mil doblones", murmuró el negro, que, al oír la oferta, la tomó en serio y, con la extraña vanidad de un esclavo fiel y apreciado por su amo, despreció que un extraño le hiciera una

valoración tan mezquina. Pero don Benito, al parecer apenas restablecido del todo, y de nuevo interrumpido por la tos, sólo respondió entrecortadamente.

Pronto su angustia física se hizo tan grande, afectando también, al parecer, a su mente, que, como para disimular el triste espectáculo, el criado condujo suavemente a su amo abajo.

Dejado a su aire, el americano, para pasar el tiempo hasta que llegara su barco, habría abordado agradablemente a alguno de los pocos marineros españoles que vio; pero recordando algo que Don Benito había dicho sobre su mala conducta, se abstuvo; como un capitán de barco indispuerto a tolerar la cobardía o la infidelidad de los marineros.

Mientras, con estos pensamientos, permanecía con la mirada dirigida hacia delante, hacia aquel puñado de marineros, de repente pensó que uno o dos de ellos le devolvían la mirada y con una especie de significado. Se frotó los ojos y volvió a mirar; pero de nuevo le pareció ver lo mismo. Bajo una forma nueva, pero más oscura que las anteriores, las viejas sospechas se repitieron, pero, en ausencia de Don Benito, con menos pánico que antes. A pesar de la mala fama de los marineros, el capitán Delano resolvió abordar inmediatamente a uno de ellos. Descendiendo por la popa, se abrió paso entre los negros, provocando con su movimiento un extraño grito de los recolectores de estopa, incitados por el cual, los negros, apartándose unos a otros, se dividieron ante él; pero, como si sintieran curiosidad por ver cuál era el objeto de esta deliberada visita a su gueto, cerrándose detrás, en tolerable orden, siguieron al forastero blanco hacia arriba. Proclamado así su avance como por reyes de armas a caballo, y escoltado como por una guardia de honor de Caffre, el capitán Delano, adoptando un aire despreocupado y de buen humor, continuó avanzando; de vez en cuando decía una palabra alegre a los negros, y su mirada observaba con curiosidad los rostros blancos, aquí y allá escasamente mezclados con los negros, como peones blancos extraviados venturosamente envueltos en las filas de los contrincantes del ajedrez.

Mientras pensaba a cuál de ellos elegir para su propósito, observó por casualidad a un marinero sentado en la cubierta que se dedicaba a alquitrinar la correa de un gran bloque, y un círculo de negros acuclillados a su alrededor observaban inquisitivamente el proceso.

El mezquino empleo del hombre contrastaba con algo superior en su figura. Su mano, negra de tanto meterla en el tarro de alquitrán que le tendía un negro, no parecía naturalmente aliada con su rostro, un rostro que habría sido muy bello de no ser por su mugre. No podía determinarse si esta oscuridad tenía algo que ver con la criminalidad, ya que, al igual que el calor y el frío intensos, aunque diferentes, producen sensaciones parecidas, la inocencia y la culpabilidad, cuando, por asociación casual con el dolor mental, imprimen cualquier huella visible, utilizan un mismo sello, uno cortado.

No es que esta reflexión se le ocurriera al capitán Delano en aquel momento, hombre caritativo como era. Más bien fue otra idea. Porque al observar una mugre tan singular combinada con un ojo oscuro, desviado como por la angustia y la vergüenza, y al recordar de nuevo la mala opinión confesada por Don Benito sobre su tripulación, insensiblemente se dejó llevar por ciertas nociones generales que, al tiempo que desconectan el dolor y el abatimiento de la virtud, los vinculan invariablemente con el vicio.

Si, en efecto, hay alguna maldad a bordo de este barco, pensó el capitán Delano, ten por seguro que ese hombre de allí ha ensuciado su mano en ella, igual que ahora la ensucia en la brea. No me gusta abordarle. Hablaré con este otro, este viejo Jack que está aquí, en el molinete.

Avanzó hasta un viejo alquitrán barcelonés, con harapientos calzones rojos y sucio gorro de dormir, las mejillas encarnadas y bronceadas, los bigotes tupidos como setos de espinos. Sentado entre dos africanos de aspecto somnoliento, este marinero, al igual que su compañero más joven, trabajaba en la jarcia, empalmando un cable, y los negros de aspecto somnoliento desempeñaban la función inferior de sujetarle las partes exteriores de las cuerdas.

Al acercarse el capitán Delano, el hombre bajó la cabeza por debajo de su nivel anterior, el necesario para los negocios. Parecía como si deseara que se le creyera absorto, con más fidelidad que la común, en su tarea. Cuando se le dirigió la palabra, levantó la mirada, pero con un aire que parecía furtivo y tímido, que se reflejaba extrañamente en su curtido rostro, como si un oso pardo, en vez de gruñir y morder, se pusiera a mirar con ojos de cordeiro. Se le hicieron varias preguntas sobre el viaje, preguntas que se referían a propósito a varios detalles de la narración de don Benito, no corroborados previamente por aquellos gritos impulsivos que saludaban al visitante al su-

bir a bordo. Las preguntas fueron respondidas brevemente, confirmando todo lo que quedaba por confirmar de la historia. Los negros que rodeaban el molinete se unieron al viejo marinero; pero, a medida que ellos se volvían locuaces, él, poco a poco, enmudecía y, al final, bastante cabizbajo, parecía morosamente poco dispuesto a responder a más preguntas y, sin embargo, todo el tiempo, este aire ursino se mezclaba de algún modo con su aire ovejuno.

Desesperado por la posibilidad de entablar una conversación desenfadada con semejante centauro, el capitán Delano, después de mirar a su alrededor en busca de un semblante más prometedor, pero al no ver ninguno, habló amablemente a los negros para que le dejaran paso; y así, entre varias sonrisas y muecas, regresó a la popa, sintiéndose un poco extraño al principio, apenas podía decir por qué, pero en general con una confianza recobrada en Benito Cereno.

Con qué claridad, pensó, aquel viejo bigotudo de allí traicionaba una conciencia de mal desierto. Sin duda, cuando me vio llegar, temió que yo, avisado por su Capitán del mal comportamiento general de la tripulación, viniera con palabras agudas para él, y así cayera con su cabeza. Y sin embargo... y sin embargo, ahora que lo pienso, ese anciano, si no me equivoco, era uno de los que tan seriamente parecían mirarme aquí hace un rato. Ah, estas corrientes hacen girar la cabeza casi tanto como el barco. Es una agradable vista soleada y muy sociable.

Su atención había sido atraída por una negra dormida, parcialmente descubierta a través de los encajes de algunas jarcias, tumbada, con sus miembros juveniles descuidadamente dispuestos, a sotavento de los baluartes, como una cierva a la sombra de una roca del bosque. Desparramado sobre sus pechos lamidos, estaba su cervatillo bien despierto, completamente desnudo, con su cuerpecito negro medio levantado de la cubierta, cruzado con el de su madre; sus manos, como dos zarpas, trepando sobre ella; su boca y su nariz hurgando ineficazmente para alcanzar la marca; y mientras tanto emitiendo un medio gruñido vejatorio, que se mezclaba con el ronquido compuesto de la negra.

El vigor fuera de lo común del niño despertó a la madre. Se levantó, a cierta distancia, mirando al capitán Delano. Pero como si no le preocupara

en absoluto la actitud en que había sido sorprendida, cogió encantada al niño, con maternal transporte, cubriéndolo de besos.

Ahí está la naturaleza desnuda, ahora; pura ternura y amor, pensó el capitán Delano, muy complacido.

Este incidente le impulsó a observar a las otras negras más particularmente que antes. Quedó satisfecho con sus modales: como la mayoría de las mujeres incivilizadas, parecían a la vez tiernas de corazón y duras de constitución; igualmente dispuestas a morir por sus hijos o a luchar por ellos. Poco sofisticadas como leopardas; cariñosas como palomas. Ah! pensó el capitán Delano, quizá éstas sean algunas de las mismas mujeres que Ledyard vio en África y de las que dio tan noble testimonio.

De algún modo, estas vistas naturales aumentaron insensiblemente su confianza y tranquilidad. Por fin miró para ver cómo iba su barco; pero seguía bastante alejado. Se volvió para ver si Don Benito había regresado; pero no lo había hecho.

Para cambiar la escena, además de complacerse observando tranquilamente el barco que se acercaba, se acercó a las cadenas de mesana y trepó hasta la galería de estribor, uno de esos balcones de agua abandonados de aspecto veneciano que mencioné antes, aislados de la cubierta. Cuando su pie pisó la musgo de mar, medio húmedo, medio seco, que cubría el lugar, y una pata de gato fantasmal y fortuita -un islote de brisa, no anunciada, no seguida-, cuando esta pata de gato fantasmal le abanicó la mejilla; cuando su mirada se posó en la hilera de pequeñas y redondas luces muertas -todas cerradas como los ojos cobrizos de un ataúd- y en la puerta de la cabina de mando, que en otro tiempo comunicaba con la galería, igual que las luces muertas habían mirado a ella, pero que ahora estaba cerrada como la tapa de un sarcófago; Mientras estas y otras imágenes revoloteaban por su mente, como el zarpazo de los gatos en la calma, gradualmente sintió que se elevaba una inquietud soñadora, como la de alguien que solo en la pradera se siente inquieto por el reposo del mediodía.

Se apoyó en la balaustrada tallada, mirando de nuevo hacia su barco, pero su vista se detuvo en la hierba que se arrastraba a lo largo de la línea de flotación del barco, recta como un borde de boj verde; y en los parterres de algas marinas, amplios óvalos y medias lunas, que flotaban cerca y lejos, con lo que parecían largos callejones formales entre ellos, cruzando las te-

rrazas de las marejadas y dando vueltas como si condujeran a las grutas de abajo. Y por encima de todo estaba la balaustrada junto a su brazo, que, en parte manchada de brea y en parte cubierta de musgo, parecía la ruina carbonizada de alguna casa de verano en un gran jardín que hacía tiempo que se había echado a perder.

Intentando romper un encanto, no consiguió sino ser encantado de nuevo. Aunque se hallaba en el ancho mar, parecía estar en algún país del interior; prisionero en algún castillo desierto, abandonado a la contemplación de terrenos vacíos y a la observación de vagos caminos por los que nunca pasaban carromatos ni caminantes.

Pero estos encantos se desvanecieron un poco cuando su mirada se posó en las corroídas cadenas principales. De estilo antiguo, macizas y oxidadas en eslabones, grilletes y pernos, parecían incluso más adecuadas para la actividad actual del barco que para la que había sido construido.

De pronto pensó que algo se movía cerca de las cadenas. Se frotó los ojos y miró con atención. Las cadenas estaban rodeadas de jarcias; y allí, asomándose desde detrás de un gran estay, como un indio detrás de una cicuta, vio a un marinero español con una pica en la mano, que hizo lo que pareció un gesto imperfecto hacia el balcón, pero inmediatamente, como alarmado por algún paso que avanzaba por la cubierta interior, desapareció en los recovecos del bosque de cáñamo, como un cazador furtivo.

¿Qué significaba esto? Algo había intentado comunicar el hombre, sin que nadie lo supiera, ni siquiera su capitán. ¿Implicaba el secreto algo desfavorable para su capitán? ¿Estaban a punto de verificarse los anteriores recelos del capitán Delano? ¿O, en su atormentado estado de ánimo en aquel momento, algún movimiento aleatorio e involuntario del hombre, mientras estaba ocupado con el estay, como si lo estuviera reparando, había sido confundido con una señal significativa?

No desconcertado, volvió a mirar en busca de su barca. Pero estaba temporalmente oculta por un espolón rocoso de la isla. Cuando con cierta impaciencia se inclinó hacia delante, buscando la primera vista fugaz de su pico, la balaustrada cedió ante él como el carbón. Si no se hubiera agarrado a una cuerda, habría caído al mar. El estruendo, aunque débil, y la caída, aunque hueca, de los fragmentos podridos, debieron de ser oídos. Miró hacia arriba. Con sobria curiosidad le observaba uno de los viejos recogedores de estopa,

deslizado desde su percha hasta una botavara exterior; mientras que por debajo del viejo negro, e invisible para él, reconociendo desde un ojo de buey como un zorro desde la boca de su madriguera, se agazapaba de nuevo el marinero español. A partir de algo sugerido repentinamente por el aire del hombre, el capitán Delano tuvo la loca idea de que el argumento de indisposición de don Benito, al retirarse abajo, no era más que un pretexto: que estaba ocupado allí madurando su complot, del que el marinero, intuyendo de alguna manera, tenía la intención de advertir al extranjero; incitado, tal vez, por la gratitud por una palabra amable al subir al barco. ¿Fue por prever alguna posible interferencia como ésta por lo que Don Benito, de antemano, había dado tan mala imagen de sus marineros, al tiempo que elogiaba a los negros; aunque, de hecho, los primeros parecían tan dóciles como los segundos todo lo contrario? También los blancos, por naturaleza, eran la raza más astuta. Un hombre con algún malvado designio, ¿no sería propenso a hablar bien de aquella estupidez que era ciega a su depravación, y a difamar aquella inteligencia de la que no podía ocultarse? No es improbable, tal vez. Pero si los blancos tenían oscuros secretos respecto a Don Benito, ¿podría entonces Don Benito estar de algún modo en complicidad con los negros? Pero eran demasiado estúpidos. Además, ¿quién había oído hablar alguna vez de un blanco tan renegado como para apostatar casi de su propia especie, aliándose contra ella con los negros? Estas dificultades recordaban otras anteriores. Perdido en sus laberintos, el capitán Delano, que había recuperado la cubierta, avanzaba inquieto por ella, cuando observó un nuevo rostro: un viejo marinero sentado con las piernas cruzadas cerca de la escotilla principal. Tenía la piel encogida por las arrugas, como la bolsa vacía de un pelícano; el pelo escarchado; el semblante grave y sereno. Tenía las manos llenas de cuerdas con las que estaba haciendo un gran nudo. Algunos negros estaban a su alrededor, mojando las cuerdas por él, aquí y allá, según las exigencias de la operación.

El capitán Delano cruzó hacia él y se quedó en silencio observando el nudo; su mente, mediante una transición no poco agradable, pasó de sus propios enredos a los del cáñamo. Por su complejidad, nunca había visto un nudo semejante en un barco americano, ni en ningún otro. El viejo parecía un sacerdote egipcio, haciendo nudos gordianos para el templo de Amón. El nudo parecía una combinación de nudo de doble arco, nudo de triple corona, nudo de pozo hacia atrás, nudo de dentro y fuera y nudo de atasco.

Al final, desconcertado por no comprender el significado de semejante nudo, el capitán Delano se dirigió al anudador:-

"¿Qué estás anudando ahí, hombre?".

"El nudo", fue la breve respuesta, sin levantar la vista.

"Eso parece; pero ¿para qué es?".

"Para que lo deshaga otro", murmuró el anciano, moviendo los dedos con más fuerza que nunca, pues el nudo estaba casi terminado.

Mientras el capitán Delano le observaba, de repente el viejo lanzó el nudo hacia él, diciendo en un inglés entrecortado -el primero que se oía en el barco- algo así: "Deshazlo, córtalo, rápido". Lo dijo en voz baja, pero con tal condensación de rapidez, que las largas y lentas palabras en español, que habían precedido y seguido, casi operaron como tapaderas del breve inglés intermedio.

Durante un momento, con el nudo en la mano y el nudo en la cabeza, el capitán Delano permaneció mudo; mientras, sin prestarle más atención, el anciano se ocupaba ahora de otras cuerdas. De pronto se oyó un ligero movimiento detrás del capitán Delano. Al volverse, vio al negro encadenado, Atufal, que permanecía allí en silencio. Al momento siguiente, el viejo marinero se levantó murmurando y, seguido por sus subordinados negros, se dirigió a la parte delantera del barco, donde desapareció entre la multitud.

Un negro anciano, con una boina como la de un infante, y con la cabeza salpicada de pimienta y sal, y una especie de aire de abogado, se acercó ahora al capitán Delano. En un español tolerable, y con un guiño bonachón y cómplice, le informó de que el viejo anudador era de ingenio simple, pero inofensivo; a menudo hacía sus extraños trucos. El negro concluyó pidiéndole el nudo, ya que, por supuesto, al forastero no le interesaba que le dieran problemas con él. Inconscientemente, se lo entregó. Con una especie de congé, el negro lo recibió y, dándole la espalda, lo hurgó como un detective de aduanas en busca de cordones de contrabando. Pronto, con alguna palabra africana, equivalente a pshaw, arrojó el nudo por la borda.

Todo esto es muy extraño ahora, pensó el capitán Delano, con una especie de escalofrío; pero, como quien siente un incipiente mareo, se esforzó, ignorando los síntomas, por librarse del mal. Una vez más buscó su barco.

Para su regocijo, estaba de nuevo a la vista, dejando el espolón rocoso a popa.

La sensación aquí experimentada, después de aliviar al principio su inquietud, con imprevista eficacia pronto comenzó a eliminarla. La visión menos distante de aquel conocido barco, que no se veía como antes, medio mezclado con la bruma, sino con el contorno definido, de modo que su individualidad, como la de un hombre, era manifiesta; aquel barco, Rover por su nombre, que, aunque ahora en mares extraños, había presionado a menudo la playa de la casa del capitán Delano, y, llevado a su umbral para reparaciones, había yacido familiarmente allí, como un perro de Terranova; la visión de aquel hogar, barco evocaba mil asociaciones de confianza que, contrastadas con las sospechas anteriores, le llenaban no sólo de una confianza luminosa, sino de algún modo de autorreproches medio humorísticos por su anterior falta de ella.

"¿Qué, yo, Amasa Delano, Jack de la Playa, como me llamaban cuando era un chaval, yo, Amasa, el mismo que, pato en mano, solía remar por la orilla del agua hasta la escuela construida con el viejo casco, yo, el pequeño Jack de la Playa, que solía ir a coger bayas con el primo Nat y los demás, voy a ser asesinado aquí, en los confines de la tierra, a bordo de un barco pirata embrujado por un horrible español? ¡Demasiado disparatado para pensarlo! ¿Quién asesinaría a Amasa Delano? Su conciencia está limpia. Hay alguien por encima. Ay, ay, Jack de la Playa, eres un niño, un niño de la segunda infancia, viejo amigo; me temo que estás empezando a adular y a embriagar".

Ligero de corazón y de pies, se dirigió a popa, y allí fue recibido por el criado de don Benito, quien, con una expresión agradable, sensible a sus propios sentimientos actuales, le informó de que su amo se había recuperado de los efectos de su ataque de tos, y acababa de ordenarle que fuera a presentar sus saludos a su buen huésped, don Amasa, y a decirle que él (don Benito) pronto tendría la dicha de reunirse con él.

Ya está, ¿te das cuenta? volvió a pensar el capitán Delano, paseando por la popa. Qué burro he sido. Este amable caballero que aquí me envía sus amables cumplidos, él, hace sólo diez minutos, con una linterna oscura en la mano, estaba dando vueltas alrededor de una vieja piedra de amolar en la bodega, afilándome un hacha, pensé. Vaya, vaya; estas largas calmas tienen

un efecto morboso en la mente, he oído a menudo, aunque nunca lo había creído. ¡Ja! Mirando hacia el barco; ahí está Rover; buen perro; un hueso blanco en la boca. Me parece que es un hueso bastante grande. -¿Qué? Sí, ha caído en la burbujeante marea. Por el momento, también se ha ido hacia el otro lado. Paciencia.

Era casi mediodía, aunque, por la grisura de todo, parecía que se acercaba el anochecer.

La calma se confirmaba. En la lejanía, lejos de la influencia de la tierra, el océano de plomo parecía dispuesto y emplomado, su curso terminado, su alma desaparecida, difunta. Pero la corriente desde tierra, donde estaba el barco, aumentaba; arrastrándolo silenciosamente más y más hacia las tranquilas aguas del más allá.

Sin embargo, gracias a su conocimiento de aquellas latitudes y a la esperanza de que en cualquier momento soplara una brisa suave y fresca, el capitán Delano, a pesar de las perspectivas actuales, contaba con fondear el San Dominick antes de la noche. La distancia barrida no era nada, ya que, con buen viento, diez minutos de navegación supondrían más de sesenta minutos a la deriva. Mientras tanto, un momento se volvía para marcar a "Rover" luchando contra la marea, y al siguiente para ver acercarse a Don Benito, y seguía caminando por la popa.

Poco a poco sintió un disgusto por el retraso de su barco, que pronto se transformó en inquietud, y por fin -sus ojos se posaban continuamente, como desde un palco de butacas en el foso, en la extraña multitud que tenía delante y debajo de él, y al reconocer allí el rostro -ahora sereno hasta la indiferencia- del marinero español que había parecido llamarle desde las cadenas principales- volvió algo de sus antiguos temblores.

Ah, pensó -con bastante gravedad-, esto es como la agonía: que se haya ido no significa que no vaya a volver.

Aunque se avergonzaba de la recaída, no podía dominarla del todo; así que, esforzando al máximo su buen carácter, insensiblemente llegó a un compromiso.

Sí, es una embarcación extraña; una historia extraña, también, y gente extraña a bordo. Pero nada más.

A fin de mantener la mente distraída hasta que llegara el barco, trató de ocuparla dándole vueltas y más vueltas, de un modo puramente especulativo, a algunas peculiaridades menores del capitán y la tripulación. Entre otras, se repitieron cuatro curiosidades:

Primero, el asunto del muchacho español asaltado con un cuchillo por el niño esclavo; un acto al que Don Benito hizo un guiño. Segundo, la tiranía en el trato de Don Benito hacia Atufal, el negro; como si un niño llevara a un toro del Nilo por la argolla de la nariz. Tercero, el atropello del marinero por los dos negros; una insolencia pasada por alto sin siquiera una reprimenda. En cuarto lugar, la humilde sumisión a su amo de todos los subordinados del barco, en su mayoría negros, como si temieran provocar su despótico desagrado por la menor inadvertencia.

Acoplado estos puntos, parecían algo contradictorios. Pero entonces, ¿qué, pensó el capitán Delano, mirando hacia su barco, que ya se acercaba? Don Benito es un comandante muy caprichoso. Pero no es el primero de su clase que he visto; aunque es cierto que supera a cualquier otro. Pero como nación -continuó él en sus ensueños-, estos españoles son todos un conjunto extraño; la misma palabra español tiene un curioso, conspirador, toque Guy-Fawkish. Y, sin embargo, me atrevería a decir que los españoles son en general tan buena gente como cualquiera de Duxbury, Massachusetts. Ah, bien, ha llegado el último "Rover".

Cuando, con su bienvenida carga, la barca tocó la borda, los recogedores de estopa, con gestos venerables, trataron de contener a los negros, quienes, a la vista de tres barriles de agua en el fondo, y un montón de calabazas marchitas en la proa, se colgaron de los baluartes en desordenado delirio.

Don Benito, con su criado, apareció ahora; su llegada, tal vez, se precipitó al oír el ruido. El capitán Delano le pidió permiso para servir el agua, a fin de que todos pudieran compartirla por igual y nadie se hiciera daño por un exceso injusto. Pero sensible, y, por cuenta de Don Benito, amable como era esta oferta, fue recibida con lo que parecía impaciencia; como si fuera consciente de que carecía de energía como comandante, Don Benito, con los verdaderos celos de la debilidad, resintió como una afrenta cualquier interferencia. Así, al menos, lo dedujo el capitán Delano.

En otro momento se estaban izando los barriles, cuando algunos de los ansiosos negros empujaron accidentalmente al capitán Delano, que estaba

de pie junto a la pasarela; de modo que, sin tener en cuenta a don Benito, cediendo al impulso del momento, con bondadosa autoridad ordenó a los negros que se apartaran; para dar fuerza a sus palabras hizo uso de un gesto medio risueño, medio amenazador. Al instante, los negros se detuvieron, justo donde estaban, cada uno de ellos suspendido en su postura, exactamente como los había encontrado la palabra, durante unos segundos, mientras, como entre los postes de respuesta de un telégrafo, una sílaba desconocida corría de hombre a hombre entre los recolectores de roble encaramados. Mientras la atención del visitante se fijaba en esta escena, de repente los recogedores de hachas se levantaron a medias, y un rápido grito salió de Don Benito.

Pensando que a la señal del español estaba a punto de ser masacrado, el capitán Delano habría saltado hacia su bote, pero se detuvo, mientras los recolectores de estopa, dejándose caer entre la multitud con serias exclamaciones, obligaban a retroceder a todos los blancos y a todos los negros, al mismo tiempo, con gestos amistosos y familiares, casi jocosos, pidiéndole, en sustancia, que no fuera tonto. Simultáneamente, los pulidores de hachas volvieron a sus asientos, silenciosamente como tantos sastres, y en seguida, como si nada hubiera pasado, se reanudó el trabajo de izar los barriles, blancos y negros cantando al aparejo.

El capitán Delano miró hacia don Benito. Al ver su escasa figura en el acto de recobrarse del reclinamiento en los brazos del criado, en el que había caído el agitado inválido, no pudo menos que maravillarse del pánico con que se había sorprendido a sí mismo, en la atrevida suposición de que tal comandante, que, en una ocasión legítima, tan trivial, también, como ahora parecía, podía perder todo autocontrol, iba, con enérgica iniquidad, a provocar su asesinato.

Estando los barriles en cubierta, uno de los ayudantes del camarero entregó al capitán Delano varias jarras y vasos, y éste, en nombre de su capitán, le rogó que hiciera lo que se había propuesto: servir el agua. Cumplió, con imparcialidad republicana en cuanto a este elemento republicano, que siempre busca un nivel, sirviendo al blanco más viejo no mejor que al negro más joven; exceptuando, por cierto, al pobre don Benito, cuya condición, si no rango, exigía una asignación extra. A él, en primer lugar, el capitán Delano le obsequió con una buena jarra del líquido; pero, sediento como estaba de él, el español no bebió ni una gota hasta después de varias graves reveren-

cias y saludos. Una reciprocidad de cortesías que los africanos, amantes de la vista, saludaron con palmas.

Dos de las calabazas menos marchitas se reservaron para la mesa del camarote, y las restantes se picaron en el acto para el agasajo general. Pero el pan blando, el azúcar y la sidra embotellada, el capitán Delano se los habría dado sólo a los blancos, y en primer lugar a don Benito; pero éste se opuso, desinterés que no agradó poco al americano; y así se dieron bocados por igual a blancos y negros; excepto una botella de sidra, que Babo insistió en reservar para su amo.

Aquí cabe señalar que, como en la primera visita del barco, el americano no había permitido a sus hombres subir a bordo, tampoco lo hizo ahora, pues no quería aumentar la confusión en las cubiertas.

No sin dejarse influir por el peculiar buen humor que reinaba en aquel momento, y por el momento ajeno a cualquier pensamiento que no fuera benévolo, el capitán Delano, que, según los últimos indicios, contaba con una brisa dentro de una o dos horas como máximo, envió el barco de vuelta al sellador, con órdenes de que todos los hombres que pudieran ser escatimados se pusieran inmediatamente a transportar barriles en balsa hasta el abrevadero y a llenarlos. Asimismo, mandó decir a su primer oficial que si, en contra de lo que se esperaba, el barco no estaba anclado al atardecer, no debía preocuparse, pues como esa noche habría luna llena, él (el capitán Delano) permanecería a bordo listo para hacer de piloto, soplara el viento pronto o tarde.

Mientras los dos capitanes observaban juntos el barco que se alejaba -el criado, por cierto, acababa de ver una mancha en la manga de terciopelo de su amo y se dedicaba a frotarla en silencio-, el americano lamentó que el San Dominick no tuviera barcos; Al menos, sólo el viejo e innavegable armatoste de la lancha, que, deformado como el esqueleto de un camello en el desierto y casi igual de decolorado, yacía invertido en medio del barco, con un lado un poco inclinado, proporcionando una especie de guarida subterránea para los grupos familiares de los negros, en su mayoría mujeres y niños pequeños; que, en cuclillas sobre viejas esteras, o encaramados en la cúpula oscura, en los asientos elevados, se veían, a cierta distancia, como un círculo social de murciélagos, refugiándose en alguna cueva amistosa; a interva-

los, vuelos de ébano de niños y niñas desnudos, de tres o cuatro años, que entraban y salían de la boca de la guarida.

"Si tuvierais ahora tres o cuatro barcas, don Benito -dijo el capitán Delano-, creo que, tirando de los remos, vuestros negros de aquí podrían ayudar en algo. ¿Salisteis de puerto sin botes, don Benito?"

"Se fogonearon con los vendavales, Señor".

"Eso fue malo. También perdisteis muchos hombres entonces. Barcos y hombres. Debieron de ser duros vendavales, Don Benito".

"Más allá de todo discurso", se encogió el español.

"Dígame, don Benito -continuó su compañero con creciente interés-, dígame, ¿fueron esos vendavales inmediatos al cabo de Hornos?"

"¿Quién habló del Cabo de Hornos?"

"Vos mismo lo hicisteis, al darme cuenta de vuestro viaje", respondió el capitán Delano, con casi igual asombro ante este comerse sus propias palabras, como parecía comerse su propio corazón, por parte del español. "Usted mismo, don Benito, habló del cabo de Hornos", repitió enfáticamente.

El español se volvió, en una especie de postura encorvada, deteniéndose un instante, como quien está a punto de hacer un intercambio de elementos en picado, como del aire al agua.

En ese momento, un mensajero blanco se apresuró a cumplir su función de llevar la última media hora vencida al castillo de proa, desde el reloj del camarote, para hacerla sonar en la gran campana del barco.

"Amo -dijo el criado, interrumpiendo su trabajo en la manga del abrigo, y dirigiéndose al embelesado español con una especie de tímida aprensión, como quien está encargado de un deber cuyo cumplimiento, se preveía, resultaría molesto a la misma persona que se lo había impuesto y para cuyo beneficio estaba destinado-, el amo me dijo que no importara dónde estuviera o cuán ocupado estuviera, que siempre se lo recordara al minuto, cuando llegara la hora del afeitado. Miguel ha ido a dar la media hora de la tarde. Es ahora, amo. ¿Va a entrar el amo en la cuna?"

"Ah, sí", respondió el español, sobresaltándose, como de los sueños a la realidad; luego, volviéndose hacia el capitán Delano, dijo que dentro de

poco reanudaría la conversación.

"Entonces, si el amo quiere hablar más con don Amasa", dijo el criado, "¿por qué no dejamos que don Amasa se siente junto al amo en el camarote, y que el amo hable y don Amasa escuche, mientras aquí Babo enjabona y acaricia?".

"Sí", dijo el capitán Delano, no disgustado con este plan sociable, "sí, don Benito, a menos que prefiera no hacerlo, iré con usted".

"Así sea, señor".

Mientras los tres pasaban a popa, el americano no pudo por menos de pensar que era otro extraño caso de capricho de su anfitrión, que éste se afeitara con una puntualidad tan poco común en pleno día. Pero consideraba más que probable que la ansiosa fidelidad del criado tuviera algo que ver con el asunto, ya que la oportuna interrupción sirvió para sacar a su amo del mal humor que evidentemente le invadía.

El lugar llamado cuddy era una ligera cabina de cubierta formada por la popa, una especie de desván del gran camarote de abajo. Parte de ella había sido antiguamente el camarote de los oficiales, pero desde su muerte se habían derribado todos los tabiques y todo el interior se había convertido en un espacioso y aireado salón marino; por la ausencia de muebles finos y el pintoresco desorden de extraños accesorios, se asemejaba en cierto modo al amplio y desordenado salón de algún excéntrico solterón en el campo, que cuelga su chaqueta de tiro y su bolsa de tabaco en los cuernos de los ciervos, y guarda su caña de pescar, sus pinzas y su bastón en el mismo rincón.

La similitud se acentuó, si no fue sugerida originalmente, por los destellos del mar circundante, ya que, en un aspecto, el campo y el océano parecen primos alemanes.

El suelo de la cabaña estaba enredado. Por encima, cuatro o cinco viejos mosquetes estaban clavados en agujeros horizontales a lo largo de las vigas. En uno de los lados había una vieja mesa con patas de garra amarrada a la cubierta; sobre ella, un misal pulgarizado y, encima, un pequeño y exiguo crucifijo sujeto al cabezal. Bajo la mesa había un alfanje abollado o dos, con un arpón cortado, entre otras cosas; viejos aparejos melancólicos, como un montón de fajas de pobres frailes. También había dos sofás largos y afilados de caña de Malaca, negros por el paso del tiempo e incómodos de mirar

como bastidores de inquisidor, con un sillón grande y deforme que, provisto de una ruda entrepierna de barbero en la parte trasera, que funcionaba con un tornillo, parecía un grotesco motor de tormento. En un rincón había un armario para banderas, abierto, que dejaba a la vista banderines de varios colores, algunos enrollados, otros a medio desenrollar y otros desordenados. Enfrente había un voluminoso lavabo de caoba negra, todo de un solo bloque, con un pedestal a modo de pila bautismal, y sobre él un estante con rejillas que contenía peines, cepillos y otros utensilios de tocador. Una hamaca desgarrada de hierba manchada se balanceaba cerca; las sábanas se sacudían y la almohada se arrugaba como una frente, como si quien hubiera dormido aquí hubiera dormido mal, con visitas alternas de pensamientos tristes y malos sueños.

El otro extremo del camarote, que sobresalía de la popa del barco, estaba perforado por tres aberturas, ventanas o portillos, según los hombres o los cañones pudieran asomarse, social o insociablemente, por ellas. Por el momento no se veían ni hombres ni cañones, aunque los enormes pernos de anilla y otros accesorios de hierro oxidado de la carpintería hacían pensar en cañones de veinticuatro libras.

Mirando hacia la hamaca al entrar, el capitán Delano dijo: "¿Duerme aquí, don Benito?" .

"Sí, señor, desde que tenemos tiempo templado" .

"Esto parece una especie de dormitorio, sala de estar, velero, capilla, armería y armario privado, todo junto, don Benito", añadió el capitán Delano, mirando a su alrededor.

"Sí, señor; los acontecimientos no han sido favorables a mucho orden en mis arreglos" .

Aquí el criado, con la servilleta en el brazo, hizo un movimiento como esperando el beneplácito de su señor. Don Benito dio a entender que estaba dispuesto, cuando, sentándolo en el sillón Malaca, y para mayor comodidad del invitado, colocándolo frente a uno de los sofás, el criado comenzó a actuar echando hacia atrás el cuello de su amo y aflojándole la corbata.

Hay algo en el negro que, de un modo peculiar, le hace apto para las ocupaciones personales. La mayoría de los negros son ayudantes de cámara y peluqueros natos; les gustan tanto el peine y el cepillo como las castañuelas,

y los manejan aparentemente con la misma satisfacción. También tienen un tacto suave en este empleo, con un maravilloso, silencioso y deslizante brío, no poco agraciado a su manera, singularmente agradable de contemplar, y más aún de ser objeto de manipulación. Y por encima de todo está el gran don del buen humor. No nos referimos a una simple sonrisa o risa. Ésas eran inadecuadas. Sino una cierta alegría fácil, armoniosa en cada mirada y gesto; como si Dios hubiera puesto a todo el negro al son de una melodía agradable.

Cuando a esto se añade la docilidad derivada de la satisfacción sin aspiraciones de una mente limitada y esa susceptibilidad de apego ciego que a veces heredan los inferiores indiscutibles, uno percibe fácilmente por qué aquellos hipocondríacos, Johnson y Byron -puede ser, algo así como el hipocondríaco Benito Cereno- tomaron en sus corazones, casi con exclusión de toda la raza blanca, a sus sirvientes, los negros, Barber y Fletcher. Pero si hay algo en el negro que le exime de la amargura infligida por la mente mórbida o cínica, ¿cómo, en sus aspectos más atractivos, debe aparecer ante un benévolo? Cuando estaba tranquilo respecto a las cosas exteriores, la naturaleza del capitán Delano no sólo era benigna, sino familiar y humorística. En casa, a menudo había sentido una rara satisfacción al sentarse en la puerta de su casa y observar a algún hombre de color libre en su trabajo o en su juego. Si en un viaje le tocaba por casualidad un marinero negro, invariablemente se ponía a charlar y a medio jugar con él. De hecho, como la mayoría de los hombres de corazón bueno y alegre, el capitán Delano se llevaba bien con los negros, no filantrópicamente, sino genialmente, igual que otros hombres con los perros de Terranova.

Hasta entonces, las circunstancias en que se encontraba el San Dominick habían reprimido esa tendencia. Pero en el camarote, aliviado de su antigua inquietud y, por diversas razones, más sociable que en cualquier otro momento del día, y viendo al criado de color, con la servilleta en el brazo, tan gallardo con su amo, en un asunto tan familiar como el de afeitarse, toda su antigua debilidad por los negros regresó.

Entre otras cosas, se divirtió con un extraño ejemplo del amor africano por los colores brillantes y los buenos espectáculos, cuando el negro cogió informalmente del candado de la bandera un gran trozo de banderín de todos los colores y lo colocó generosamente bajo la barbilla de su amo a modo de delantal.

El modo de afeitarse entre los españoles es un poco diferente al de otras naciones. Disponen de una palangana, llamada específicamente palangana de barbero, que por uno de sus lados está excavada para recibir con precisión la barbilla, contra la que se sujeta estrechamente para enjabonarla; lo que se hace, no con una brocha, sino con jabón mojado en el agua de la palangana y frotado en la cara.

En este caso, a falta de otra mejor, se utilizó agua salada, y las partes enjabonadas fueron únicamente el labio superior y la parte inferior de la garganta.

Como los preliminares eran algo novedosos para el capitán Delano, se quedó mirándolos con curiosidad, de modo que no se entabló conversación alguna ni, por el momento, Don Benito pareció dispuesto a reanudar ninguna.

Dejando su palangana, el negro buscó entre las navajas la más afilada y, tras encontrarla, le dio un filo adicional atándola con pericia a la piel firme, lisa y aceitosa de su palma abierta; luego hizo un gesto como si fuera a empezar, pero a medio camino se quedó suspendido un instante, con una mano elevando la navaja y la otra mojándose profesionalmente entre la espuma burbujeante del cuello larguirucho del español. Don Benito no dejó de estremecerse al ver de cerca el acero reluciente; su habitual aspereza se vio acentuada por la espuma, cuyo matiz se intensificó por el contraste con la suciedad del cuerpo del negro. En conjunto, la escena era un tanto peculiar, al menos para el capitán Delano, quien, al ver a los dos en esa postura, no pudo resistir la veleidad de que en el negro veía a un jefe y en el blanco a un hombre de la cuadra. Pero ésta era una de esas imaginaciones anticuadas, que aparecen y desaparecen en un suspiro, de las que, tal vez, la mente mejor regulada no siempre está libre.

Mientras tanto, la agitación del español había aflojado un poco el colorín que le rodeaba, de modo que un amplio pliegue se extendió como una cortina sobre el brazo de la silla hasta el suelo, revelando, en medio de una profusión de barras de armas y colores de fondo -negro, azul y amarillo-, un castillo cerrado en un campo rojo sangre en diagonal con un león rampante en blanco.

"El castillo y el león", exclamó el capitán Delano, "por qué, don Benito, ésta es la bandera de España que usáis aquí. Está bien que sólo yo, y no el

Rey, vea esto", añadió con una sonrisa, "pero" -volviéndose hacia el negro- "es todo uno, supongo, así que los colores son alegres", comentario juguetón que no dejó de hacer cosquillas al negro.

"Ahora, amo", dijo, reajustando la bandera y empujando suavemente la cabeza hacia la entrepierna de la silla; "ahora, amo", y el acero se acercó a la garganta.

De nuevo Don Benito se estremeció débilmente.

"No debéis estremeceros así, amo. Mira, don Amasa, el amo siempre tiembla cuando le afeito. Y, sin embargo, el amo sabe que nunca le he sacado sangre, aunque es verdad que, si el amo tiembla así, puede que lo haga alguna de estas veces. Ahora amo -continuó-. "Y ahora, don Amasa, por favor, sigue con tu charla sobre el vendaval y todo eso; el amo puede oír, y, entre tiempo, el amo puede contestar".

"Ah, sí, esos vendavales", dijo el capitán Delano; "pero cuanto más pienso en vuestro viaje, don Benito, más me asombro, no de los vendavales, por terribles que debieran haber sido, sino del desastroso intervalo que les siguió. Porque aquí, según tu relato, has estado estos dos meses y más yendo del Cabo de Hornos a Santa María, una distancia que yo mismo, con buen viento, he navegado en pocos días. Es cierto que tuvisteis calmas, y largas, pero estar en calmas durante dos meses es, al menos, inusual. Vaya, don Benito, si casi cualquier otro caballero me hubiera contado semejante historia, habría estado medio dispuesto a un poco de incredulidad".

Aquí se produjo en el español una expresión involuntaria, similar a la que había tenido poco antes en cubierta, y ya fuera por el sobresalto que dio, o por un repentino balanceo del casco en la calma, o por una momentánea inestabilidad de la mano del criado, fuera como fuese, justo en ese momento la navaja sacó sangre, manchas de la cual mancharon la cremosa espuma bajo la garganta: Inmediatamente, el barbero negro retiró su acero y, permaneciendo en su actitud profesional, de espaldas al capitán Delano y de cara a don Benito, levantó la navaja chorreante, diciendo, con una especie de pena medio humorística: "Vea, amo -sacudió usted así-, aquí está la primera sangre de Babo. "

Ninguna espada desenvainada ante Jacobo I de Inglaterra, ningún asesinato en presencia de aquel tímido rey, podría haber producido un aspecto

más aterrorizado que el que ahora presentaba don Benito.

Pobre hombre, pensó el capitán Delano, tan nervioso que ni siquiera puede soportar la visión de la sangre del barbero; y este hombre desquiciado y enfermo, ¿es creíble que yo haya imaginado que pretendía derramar toda mi sangre, que no puede soportar la visión de una pequeña gota de la suya propia? Sin duda, Amasa Delano, has estado fuera de ti este día. No lo cuentes cuando llegues a casa, ñoña Amasa. Vaya, vaya, parece un asesino, ¿verdad? Más bien como si fuera a acabar consigo mismo. Bueno, bueno, la experiencia de este día será una buena lección.

Entretanto, mientras estas cosas pasaban por la mente del honrado marino, el criado le había quitado la servilleta del brazo y le había dicho a don Benito: "Pero conteste a don Amasa, por favor, amo, mientras limpio esta cosa fea de la navaja y la vuelvo a afeitar".

Mientras pronunciaba estas palabras, su rostro estaba girado hacia la mitad, de modo que era visible tanto para el español como para el americano, y parecía, por su expresión, insinuar que deseaba, al hacer que su amo continuara con la conversación, retirar su atención del reciente y molesto accidente. Como si estuviera contento de aprovechar el alivio que se le ofrecía, don Benito reanudó la conversación, repitiendo al capitán Delano que no sólo las calmas eran de una duración inusual, sino que el barco se había topado con corrientes obstinadas; y añadió otras cosas, algunas de las cuales no eran más que repeticiones de declaraciones anteriores, para explicar cómo había llegado a suceder que la travesía desde el cabo de Hornos hasta Santa María hubiera sido tan excesivamente larga; de vez en cuando, mezclando con sus palabras, elogios incidentales, menos calificados que antes, a los negros, por su buena conducta general. Estos detalles no se daban consecutivamente, pues el criado, en los momentos oportunos, utilizaba su navaja de afeitar, y así, entre los intervalos del afeitado, la historia y el panegírico proseguían con más ronquera de lo habitual.

Para la imaginación del capitán Delano, que ahora no descansaba del todo, había algo tan vacío en los modales del español, con una aparente oquedad recíproca en el sombrío comentario de silencio del criado, que le asaltó la idea de que posiblemente amo y criado, con algún propósito desconocido, estaban representando, tanto de palabra como de obra, es más, hasta el mismo temblor de los miembros de don Benito, algún juego malabar ante

él. Tampoco la sospecha de connivencia carecía de apoyo aparente, por el hecho de aquellas conferencias susurradas antes mencionadas. Pero entonces, ¿cuál podía ser el objeto de representar esta obra del barbero ante él? Por fin, considerando la idea como un capricho, insensiblemente sugerido, tal vez, por el aspecto teatral de Don Benito en su enseña de arlequín, el capitán Delano la desterró rápidamente.

Terminado el afeitado, el criado se afanó con una botellita de aguas perfumadas, vertiendo unas gotas sobre la cabeza, y luego frotando diligentemente; la vehemencia del ejercicio hizo que los músculos de su cara se crispasen de un modo bastante extraño.

Su siguiente operación fue con el peine, las tijeras y el cepillo; dando vueltas y vueltas, alisando un rizo por aquí, recortando un rebelde pelo del bigote por allá, dando un elegante barrido al mechón de la sien, con otros toques improvisados que evidenciaban la mano de un maestro; mientras, como cualquier caballero resignado en manos de un barbero, Don Benito lo soportaba todo, mucho menos inquieto, al menos de lo que había estado durante el afeitado; de hecho, ahora estaba sentado tan pálido y rígido, que el negro parecía un escultor nubio rematando la cabeza de una estatua blanca.

Cuando por fin todo hubo terminado, el estandarte de España fue retirado, volteado y vuelto a colocar en la esclusa de la bandera; el cálido aliento del negro eliminó cualquier pelo suelto que pudiera haberse alojado en el cuello de su amo; el cuello y la corbata fueron reajustados; una mota de pelusa de la solapa de terciopelo; hecho todo esto, retrocedió un poco y, deteniéndose con una expresión de tenue autocomplacencia, el criado contempló por un momento a su amo, como si fuera, al menos en el tocador, la criatura de sus propias manos.

El capitán Delano le felicitó juguetonamente por su logro, felicitando al mismo tiempo a don Benito.

Pero ni las aguas dulces, ni el champú, ni la fidelidad, ni la sociabilidad, deleitaron al español. Viéndole recaer en una penumbra prohibitiva, y permaneciendo aún sentado, el capitán Delano, pensando que su presencia no era deseada en aquel momento, se retiró, con la pretensión de ver si, como había profetizado, se veía algún signo de brisa.

Caminando hacia el palo mayor, se quedó un rato pensando en la escena, no sin cierto recelo indefinido, cuando oyó un ruido cerca de la timonera y, al volverse, vio al negro con la mano en la mejilla. Avanzando, el capitán Delano percibió que la mejilla sangraba. Estaba a punto de preguntar la causa, cuando el soliloquio plañidero del negro le iluminó.

"Ah, cuándo se recuperará el amo de su enfermedad; sólo el corazón agrio que cría la agria enfermedad le hizo servir así a Babo; cortando a Babo con la navaja, porque, sólo por accidente, Babo le había hecho un pequeño rasguño al amo; y por primera vez en tantos días, además. Ah, ah, ah", llevándose la mano a la cara.

¿Es posible, pensó el capitán Delano, que Don Benito, con su actitud hosca, me obligara a retirarme para descargar en privado su rencor español contra este pobre amigo suyo? Ah, esta esclavitud engendra feas pasiones en el hombre.

Estaba a punto de hablar al negro, pero con una tímida reticencia volvió a entrar en la cabaña.

Don Benito se apoyó en su criado como si nada hubiera ocurrido.

Una especie de pelea amorosa, después de todo, pensó el capitán Delano.

Abordó a don Benito y caminaron juntos lentamente. No habían avanzado más que unos pasos, cuando el mayordomo -un mulato alto, con aspecto de rajá, de aspecto oriental, con un turbante pagoda formado por tres o cuatro pañuelos de Madrás enrollados en la cabeza, grada sobre grada-, acercándose con un saalam, anunció el almuerzo en el camarote.

En su camino hacia allí, los dos capitanes fueron precedidos por el mulato, quien, volviéndose a medida que avanzaba, con continuas sonrisas y reverencias, les hizo pasar, en un alarde de elegancia que completaba la insignificancia del pequeño babuino de cabeza descubierta, quien, como si no fuera inconsciente de su inferioridad, miraba con recelo al elegante mayordomo. Pero, en parte, el capitán Delano atribuyó su celosa vigilancia a ese peculiar sentimiento que el africano de pura raza siente por el adulterado. En cuanto al mayordomo, sus modales, si bien no denotaban mucha dignidad de amor propio, evidenciaban su extremo deseo de agradar; lo cual es doblemente meritorio, por cristiano y chesterfieldiano a la vez.

El capitán Delano observó con interés que, si bien la complejión del mulato era híbrida, su fisonomía era clásica europea.

"Don Benito -susurró-, me alegro de ver a este usher de la vara dorada vuestro; la visión refuta un feo comentario que me hizo una vez un plantador de Barbados; que cuando un mulato tiene un rostro europeo regular, cuidado con él; es un demonio. Pero mira, tu mayordomo aquí presente tiene rasgos más regulares que los del rey Jorge de Inglaterra; y, sin embargo, asiente con la cabeza, se inclina y sonrío; un rey, en efecto, el rey de los corazones amables y los compañeros educados. ¿Y qué voz tan agradable tiene?"

"Sí, señor".

"Pero dime, ¿no ha demostrado siempre, desde que le conoces, ser un buen y digno compañero?" dijo el capitán Delano, haciendo una pausa, mientras con una última genuflexión el mayordomo desaparecía en el camarote; "venga, por la razón que acabo de mencionar, tengo curiosidad por saberlo."

"Francesco es un buen hombre", respondió con cierta pereza don Benito, como un apreciador flemático, que no quisiera encontrar defectos ni halagos.

"Ah, eso pensaba. Pues sería extraño, en verdad, y poco digno de crédito para nosotros, los de piel blanca, que un poco de nuestra sangre mezclada con la del africano, lejos de mejorar la calidad de éste, tuviera el triste efecto de verter ácido vitriólico en un caldo negro; mejorando el matiz, tal vez, pero no la salubridad."

"Sin duda, sin duda, señor, pero" -mirando a Babo- "por no hablar de los negros, la observación de vuestro plantador la he oído aplicada a las mezclas de españoles e indios en nuestras provincias. Pero no sé nada del asunto -añadió con desgana.

Y aquí entraron en la cabaña.

El almuerzo fue frugal. Un poco de pescado fresco y calabazas del capitán Delano, bizcocho y carne salada, la botella de sidra reservada y la última botella de Canary del San Dominick.

Cuando entraron, Francesco, con dos o tres ayudantes de color, revoloteaba sobre la mesa dando los últimos ajustes. Al percibir a su amo se retiraron, Francesco haciendo un sonriente congé, y el español, sin condescender a notarlo, comentando fastidiosamente a su acompañante que no le agradaba una asistencia superflua.

Sin acompañantes, anfitrión e invitado se sentaron, como un matrimonio sin hijos, en extremos opuestos de la mesa; don Benito hizo señas al capitán Délano para que ocupara su lugar y, débil como estaba, insistió en que aquel caballero se sentara antes que él.

El negro colocó una alfombra bajo los pies de don Benito y un cojín a sus espaldas, y luego se colocó detrás, no de la silla de su amo, sino de la del capitán Delano. Al principio, esto sorprendió un poco a este último. Pero pronto se hizo evidente que, al adoptar su posición, el negro seguía siendo fiel a su amo, pues al estar frente a él podía anticiparse más fácilmente a su más mínima necesidad.

"Éste es un compañero vuestro extraordinariamente inteligente, don Benito", susurró el capitán Delano al otro lado de la mesa.

"Dices verdad, señor".

Durante el banquete, el invitado volvió sobre partes de la historia de don Benito, pidiendo más detalles aquí y allá. Preguntó cómo era posible que el escorbuto y la fiebre hubieran causado estragos tan masivos entre los blancos, mientras que habían destruido a menos de la mitad de los negros. Como si esta pregunta reprodujera toda la escena de la peste ante los ojos del español, recordándole miserablemente su soledad en un camarote donde antes había tenido tantos amigos y oficiales a su alrededor, su mano tembló, su rostro se puso sin voz, se le escaparon palabras entrecortadas; pero directamente el cuerdo recuerdo del pasado pareció sustituido por los terrores insanos del presente. Con los ojos desorbitados, miró al vacío. No se veía nada más que la mano de su sirviente empujando el Canario hacia él. Al final, unos sorbos le sirvieron para reponerse parcialmente. Hizo una referencia aleatoria a la diferente constitución de las razas, que permitía a una ofrecer más resistencia a ciertas enfermedades que a otra. El pensamiento era nuevo para su compañero.

En un momento dado, el capitán Delano, que pretendía decir algo a su anfitrión sobre la parte pecuniaria del negocio que había emprendido para él, especialmente -ya que era estrictamente responsable ante sus dueños- en relación con el nuevo juego de velas y otras cosas por el estilo, y que naturalmente prefería tratar tales asuntos en privado, deseaba que el criado se retirase, imaginando que don Benito podría prescindir de su presencia durante unos minutos. Sin embargo, esperó un poco, pensando que, a medida que avanzara la conversación, don Benito, sin ser incitado, se daría cuenta de la conveniencia del paso.

Pero no fue así. Al fin, llamando la atención de su anfitrión, el capitán Delano, con un leve gesto hacia atrás de su pulgar, susurró: "Don Benito, perdóneme, pero hay una interferencia con la plena expresión de lo que tengo que decirle".

Ante esto, el español cambió de semblante, lo que se atribuyó a que resentía la insinuación, como si en cierto modo fuera una reflexión sobre su criado. Tras un momento de pausa, aseguró a su invitado que el hecho de que el negro permaneciese con ellos no le sería de ninguna utilidad, pues desde que perdió a sus oficiales había convertido a Babo (cuyo oficio original, según parecía ahora, había sido el de capitán de los esclavos) no sólo en su constante asistente y compañero, sino en su confidente en todas las cosas.

Después de esto, no se pudo decir nada más; aunque, en verdad, el capitán Delano no pudo evitar un poco de irritación al verse defraudado en un deseo tan insignificante, por alguien, además, a quien pretendía prestar unos servicios tan sólidos. Pero, pensó, no era más que su irritación, y, llenando su vaso, prosiguió con sus negocios.

Se fijó el precio de las velas y otros asuntos. Pero mientras esto se llevaba a cabo, el americano observó que, aunque su oferta original de ayuda había sido aclamada con agitada animación, ahora, cuando se reducía a una transacción comercial, se delataba indiferencia y apatía. Don Benito, de hecho, parecía someterse a escuchar los detalles más por respeto al decoro común que por la impresión de que se tratara de un beneficio importante para él y su viaje.

Pronto sus modales se volvieron aún más reservados. En vano se intentaba atraerlo a una conversación social. Roído por su espléndido humor, se

sentó retorciéndose la barba, mientras la mano de su criado, muda como la de la pared, empujaba lentamente el canario con poco propósito.

Terminado el almuerzo, se sentaron en el travesaño acolchado; el criado colocó una almohada detrás de su amo. La larga permanencia de la calma había afectado ahora a la atmósfera. Don Benito suspiró pesadamente, como si quisiera respirar.

"¿Por qué no vamos al camarote?", dijo el capitán Delano; "allí hay más aire". Pero el anfitrión permaneció en silencio e inmóvil.

Mientras tanto, su criado se arrodillaba ante él, con un gran abanico de plumas. Y Francesco, poniéndose de puntillas, entregó al negro un vasito de aguas aromáticas, con el que a intervalos acariciaba la frente de su amo, alisándole el pelo a lo largo de las sienes como hace una nodriza con un niño. No pronunció palabra. Sólo posaba su mirada en la de su amo, como si, en medio de toda la angustia de don Benito, quisiera refrescar un poco su espíritu con la silenciosa visión de la fidelidad.

Al poco rato, la campana del barco hizo sonar las dos en punto; y a través de las ventanas del camarote se distinguió una ligera ondulación del mar; y desde la dirección deseada.

"¡Allí!", exclamó el capitán Delano, "¡te lo dije, don Benito, mira!".

Se había puesto en pie, hablando en un tono muy animado, con la intención de despertar aún más a su compañero. Pero aunque la cortina carmesí de la ventana de popa que tenía cerca en aquel momento aleteaba contra su pálida mejilla, Don Benito parecía acoger con menos agrado aún la brisa que la calma.

Pobre hombre, pensó el capitán Delano, la amarga experiencia le ha enseñado que una ondulación no hace un viento, como tampoco una golondrina un verano. Pero por una vez se equivoca. Llevaré su barco por él y se lo demostraré.

Aludiendo brevemente a su débil estado, instó a su anfitrión a permanecer tranquilamente donde estaba, ya que él (el capitán Delano) asumiría con gusto la responsabilidad de aprovechar al máximo el viento.

Al llegar a cubierta, el capitán Delano se sobresaltó ante la inesperada figura de Atufal, monumentalmente fijo en el umbral, como uno de esos

porteros esculpidos en mármol negro que custodian los pórticos de las tumbas egipcias.

Pero esta vez el sobresalto fue, quizá, puramente físico. La presencia de Atufal, que atestiguaba singularmente la docilidad incluso en la hosquedad, contrastaba con la de los pulidores de hachas, que en paciencia demostraban su laboriosidad; mientras que ambos espectáculos demostraban que, por muy laxa que fuera la autoridad general de Don Benito, siempre que decidía ejercerla, ningún hombre tan salvaje o colosal debía, más o menos, doblegarse.

Agarrando una trompeta que colgaba de las amuradas, con paso libre el capitán Delano avanzó hasta el borde delantero de la popa, emitiendo sus órdenes en su mejor español. Los pocos marineros y muchos negros, todos igualmente satisfechos, se dispusieron obedientemente a dirigir el barco hacia el puerto.

Mientras daba algunas indicaciones sobre la colocación de un stu'n'-vel más bajo, de repente el capitán Delano oyó una voz que repetía fielmente sus órdenes. Al volverse, vio a Babo, que ahora actuaba, por el momento, bajo el piloto, su papel original de capitán de los esclavos. Esta ayuda resultó valiosa. Las velas hechas jirones y las vergas combadas pronto se pusieron en orden. Y no se tiró de ningún tirante ni de ninguna driza si no fue al son de las alegres canciones de los inspirados negros.

Buenos muchachos, pensó el capitán Delano, un poco de entrenamiento les convertiría en buenos marineros. Mira, las propias mujeres también tiran y cantan. Deben de ser algunas de esas negras Ashantee que tan buenos soldados hacen, según he oído. Pero, ¿quién lleva el timón? Debo tener una buena mano allí.

Fue a ver.

El San Dominick se gobernaba con una tosca caña de timón, con grandes poleas horizontales acopladas. En cada extremo de la polea había un negro subordinado, y entre ellos, en la cabeza del timón, el puesto responsable, un marinero español, cuyo semblante evidenciaba su debida participación en la esperanza y confianza generales ante la llegada de la brisa.

Resultó ser el mismo hombre que se había comportado con aire tan avergonzado en el molinete.

"Ah, eres tú, amigo mío -exclamó el capitán Delano-, bien, ya no más ojos de cordero; mira de frente y mantén el barco así. Buena mano, espero. Y quieres entrar en el puerto, ¿verdad?"

El hombre asintió con una risita interior, agarrando firmemente la caña del timón. Al oír esto, sin que el americano lo percibiera, los dos negros miraron atentamente al marinero.

Al ver que todo iba bien en el timón, el piloto se dirigió al castillo de proa para ver cómo iban las cosas allí.

El barco tenía ahora suficiente amplitud para hacer frente a la corriente. Con la llegada del atardecer, la brisa se refrescaría.

Habiendo hecho todo lo necesario por el momento, el capitán Delano, dando sus últimas órdenes a los marineros, se volvió a popa para informar de los asuntos a don Benito en el camarote; tal vez incitado además a reunirse con él por la esperanza de aprovechar un momento de charla privada mientras el criado estaba ocupado en cubierta.

Por debajo de la popa había dos accesos al camarote desde lados opuestos; uno estaba más adelantado que el otro y, por consiguiente, comunicaba con un pasillo más largo. Observando que el criado seguía arriba, el capitán Delano, tomando la entrada más cercana -la última mencionada, y en cuyo pórtico aún se encontraba Atufal-, se apresuró a seguir su camino, hasta que, llegado al umbral del camarote, se detuvo un instante, un poco para recuperarse de su impaciencia. Luego, con las palabras de su pretendido asunto en los labios, entró. Mientras avanzaba hacia el español sentado, oyó otro paso, acompasado al suyo. Desde la puerta opuesta, con una bandeja en la mano, avanzaba también el criado.

"Maldito sea el fiel compañero", pensó el capitán Delano; "qué coincidencia tan enojosa".

Posiblemente, la vejación habría sido algo diferente, de no ser por la enérgica confianza que le inspiraba la brisa. Pero incluso así, sintió una ligera punzada, por una repentina asociación indefinida en su mente de Babo con Atufal.

"Don Benito -dijo-, os doy una alegría; la brisa se mantendrá, y aumentará. Por cierto, tu hombre alto y cronometrador, Atufal, está fuera. ¿Por orden tuya, claro?"

Don Benito retrocedió, como ante un insulso toque satírico, pronunciado con tan hábil aderezo de aparente buena educación que no presentaba asidero para la réplica.

Es como un desollado vivo, pensó el capitán Delano; ¿dónde se le puede tocar sin que se encoja?

El criado se movió ante su amo, acomodando un cojín; recordado a la urbanidad, el español replicó rígidamente: "Tienes razón. El esclavo aparece donde le visteis, según mi orden; que es, que si a la hora dada estoy abajo, debe tomar su puesto y aguardar mi venida."

"Ah, perdona, pero eso es tratar al pobre hombre como a un ex rey. Ah, don Benito", sonriendo, "a pesar de todas las licencias que os permitís en algunas cosas, me temo que, en el fondo, sois un amo amargamente duro".

De nuevo se encogió don Benito; y esta vez, según pensó el buen marinero, por una auténtica punzada de su conciencia.

De nuevo la conversación se hizo forzada. En vano el capitán Delano llamaba la atención sobre el movimiento, ahora perceptible, de la quilla que hendía suavemente el mar; con ojos sin brillo, don Benito devolvía palabras escasas y reservadas.

Al cabo de un rato, el viento, que había aumentado constantemente y seguía soplando directo hacia el puerto, hizo avanzar rápidamente al San Dominick. Al sonar una punta de tierra, el cazador de focas apareció a lo lejos.

Mientras tanto, el capitán Delano había vuelto a cubierta y permaneció allí algún tiempo. Después de haber modificado por fin el rumbo del barco para dar la espalda al arrecife, volvió unos instantes a la cubierta.

Esta vez animaré a mi pobre amigo, pensó.

"Cada vez mejor", gritó don Benito al volver a entrar alegremente: "pronto se acabarán tus preocupaciones, al menos por un tiempo. Porque cuando, después de un largo y triste viaje, ya sabes, el ancla cae en el puerto, todo su enorme peso parece levantarse del corazón del capitán. Avanzamos estupendamente, don Benito. Mi barco está a la vista. Mira a través de esta luz lateral de aquí; ahí está; ¡todo a-taunt-o! La Delicia del Soltero, mi buen amigo. Ah, cómo le anima a uno este viento. Ven, esta noche debes tomar una taza

de café conmigo. Mi viejo mayordomo te dará la mejor taza que jamás haya probado un sultán. ¿Qué decís, don Benito, queréis?"

Al principio, el español levantó febrilmente la vista, lanzando una mirada anhelante hacia el sellador, mientras su criado le contemplaba el rostro con muda preocupación. De pronto volvió la vieja agonía de frialdad, y dejándose caer de nuevo sobre sus cojines, guardó silencio.

"No respondes. Vamos, durante todo el día has sido mi anfitrión; ¿quieres que la hospitalidad se quede en un solo lado?"

"No puedo ir", fue la respuesta.

"¿Qué? No te fatigaré. Los barcos se acercarán todo lo que puedan, sin balancearse. Será poco más que ir de cubierta en cubierta, que es como ir de habitación en habitación. Ven, ven, no debes rechazarme".

"No puedo ir", repitió con decisión y repulsión don Benito.

Renunciando a todo salvo a la última apariencia de cortesía, con una especie de hosquedad cadavérica, y mordiéndose las finas uñas con fuerza, miró, casi fulminó con la mirada, a su invitado, como si le impacientara que la presencia de un extraño interfiriera en la plena complacencia de su hora mórbida. Mientras tanto, el sonido de las aguas se abría paso cada vez más gorgoteante y alegremente a través de las ventanas, como reprochándole su oscuro mal humor, como diciéndole que, por mucho que se enfadara y enloqueciera, a la naturaleza no le importaba lo más mínimo, pues ¿de quién era la culpa, por favor?

Pero el mal humor estaba ahora en su apogeo, como el buen viento en su apogeo.

Había algo en el hombre que iba mucho más allá de la mera antisocialidad o amargura que había manifestado anteriormente, y que ni siquiera el buen carácter indulgente de su invitado podía soportar por más tiempo. El capitán Delano, que no sabía cómo explicar semejante comportamiento y que consideraba que la enfermedad con excentricidad, por extrema que fuese, no era una excusa adecuada, estaba convencido de que nada en su propia conducta podía justificarla. Él mismo se volvió reservado. Pero al español todo le parecía uno. Dejándolo, pues, el capitán Delano se dirigió una vez más a cubierta.

El barco se hallaba ahora a menos de dos millas del cazador de focas. El barco ballenero fue visto alejándose en el intervalo.

En resumen, los dos navíos, gracias a la habilidad del piloto, en poco tiempo yacían anclados juntos.

Antes de regresar a su propio navío, el capitán Delano había tenido la intención de comunicar a don Benito los detalles menores de los servicios que se proponía prestar. Pero, así las cosas, no dispuesto a someterse de nuevo a desaires, resolvió, ahora que había visto al San Dominick amarrado con seguridad, abandonarlo inmediatamente, sin más alusiones a la hospitalidad o a los negocios. Aplazando indefinidamente sus planes ulteriores, regularía sus futuras acciones en función de las circunstancias futuras. Su barco estaba listo para recibirle, pero su anfitrión aún permanecía abajo. Bien, pensó el capitán Delano, si tiene poca educación, más necesidad tengo de mostrar la mía. Descendió al camarote para despedirse ceremoniosa y, tal vez, tácitamente. Pero, para su gran satisfacción, don Benito, como si empezara a sentir el peso de aquel trato con el que su desairado huésped se había vengado de él, no indecorosamente, ahora apoyado por su criado, se puso en pie y, agarrando la mano del capitán Delano, permaneció tembloroso; demasiado agitado para hablar. Pero el buen augurio que se le auguraba se desvaneció súbitamente, al reanudar toda su reserva anterior, con una tristeza aumentada, mientras, con los ojos entrecerrados, se volvía a acomodar silenciosamente sobre sus cojines. Con el correspondiente retorno de sus propios sentimientos, el capitán Delano hizo una reverencia y se retiró.

Apenas había recorrido la mitad del estrecho pasillo, oscuro como un túnel, que conducía del camarote a la escalera, cuando un sonido, como el de la ejecución en alguna cárcel, llegó a sus oídos. Era el eco de la viciada campana del barco, que al dar la hora reverberaba lúgubrementemente en aquella bóveda subterránea. Al instante, por una fatalidad insuperable, su mente, sensible al presagio, se llenó de supersticiosas sospechas. Hizo una pausa. En imágenes mucho más rápidas que estas frases, le recorrieron los detalles más minuciosos de todas sus antiguas desconfianzas.

Hasta entonces, su crédula bondad había estado demasiado dispuesta a proporcionar excusas para temores razonables. ¿Por qué el español, tan superfluamente puntilloso a veces, se desentendía ahora del decoro común al no acompañar al lado a su huésped que partía? ¿Lo prohibía la indisposi-

ción? La indisposición no había prohibido más esfuerzos molestos aquel día. Su último comportamiento equívoco se repitió. Se había puesto en pie, había cogido la mano de su invitado, había hecho un gesto hacia su sombrero; luego, en un instante, todo se eclipsó en un siniestro silencio y penumbra. ¿Implicaba esto una breve y arrepentida renuncia en el momento final a algún complot inicuo, seguida de un regreso implacable al mismo? Su última mirada parecía expresar una calamitosa, aunque aquiescente, despedida del capitán Delano para siempre. ¿Por qué declinar la invitación a visitar al sellador aquella noche? ¿O estaba el español menos endurecido que el judío, que no se abstuvo de cenar a la mesa de aquel a quien aquella misma noche pretendía traicionar? ¿Qué importaban todos aquellos enigmas y contradicciones de todo un día, a no ser que tuvieran la intención de desconcertar, preliminares de algún golpe furtivo? Atufal, el pretendido rebelde, pero sombra puntual, acechaba en aquel momento junto al umbral exterior. Parecía un centinela, y algo más. ¿Quién, según su propia confesión, le había apostado allí? ¿Estaba ahora el negro al acecho?

El español detrás, su criatura delante: precipitarse de la oscuridad a la luz era la elección involuntaria.

Al momento siguiente, con la mandíbula y la mano apretadas, pasó por delante de Atufal, y se quedó ileso en la luz. Cuando vio a su barco anclado tranquilamente y casi al alcance de la mano; cuando vio a su barca doméstica, con rostros familiares en ella, subir y bajar pacientemente sobre las cortas olas a la orilla del San Dominick; y luego, echando un vistazo a las cubiertas donde se encontraba, vio a los recolectores de estopa que seguían trabajando con seriedad; y oyó el bajo y zumbante silbido y el laborioso zumbido de los limpiadores de hachas, que aún se afanaban en su interminable ocupación; y sobre todo, cuando vio el benigno aspecto de la naturaleza, que tomaba su inocente reposo al atardecer; el sol oculto en el tranquilo campo del oeste brillando como la suave luz de la tienda de Abraham; mientras el ojo y el oído encantados contemplaban todo esto, con la figura encadenada del negro, la mandíbula apretada y la mano relajada. Una vez más sonrió a los fantasmas que se habían burlado de él, y sintió algo parecido a un tinte de remordimiento, porque, al albergarlos aunque sólo fuera un momento, hubiera traicionado implícitamente una duda atea de la Providencia siempre vigilante de lo alto.

Hubo unos minutos de retraso, mientras, obedeciendo sus órdenes, enganchaban la barca a la pasarela. Durante este intervalo, una especie de triste satisfacción se apoderó del capitán Delano, al pensar en los amables oficios que había realizado aquel día para con un desconocido. Ah, pensó, después de las buenas acciones la conciencia nunca es ingrata, por mucho que lo sea la parte beneficiada.

De pronto, su pie, en el primer acto de descenso a la barca, presionó la primera vuelta de la escalera lateral, con la cara hacia dentro sobre la cubierta. En el mismo instante, oyó pronunciar cortésmente su nombre y, para su sorpresa, vio avanzar a don Benito, con una energía inusitada en su aire, como si en el último momento se propusiera enmendar su reciente descortesía. Con instintivo buen sentimiento, el capitán Delano, retirando el pie, se volvió y avanzó recíprocamente. Al hacerlo, aumentó el ansia nerviosa del español, pero le falló la energía vital; de modo que, para sostenerle mejor, el criado, colocando la mano de su amo sobre su hombro desnudo, y sosteniéndola suavemente allí, se convirtió en una especie de muleta.

Cuando los dos capitanes se encontraron, el español volvió a tomar con fervor la mano del americano, lanzándole al mismo tiempo una mirada seria a los ojos, pero, como antes, demasiado abrumado para hablar.

Le he hecho mal, pensó autorreprochándose el capitán Delano; su aparente frialdad me ha engañado: en ningún momento ha pretendido ofenderme.

Mientras tanto, como si temiera que la continuación de la escena pudiera desquiciar demasiado a su amo, el criado parecía ansioso por ponerle fin. Y así, presentándose todavía como una muleta, y caminando entre los dos capitanes, avanzó con ellos hacia la pasarela; mientras todavía, como lleno de amable contrición, don Benito no soltaba la mano del capitán Delano, sino que la retenía en la suya, a través del cuerpo del negro.

Pronto estuvieron de pie junto a la borda, mirando hacia el barco, cuya tripulación alzaba los ojos curiosos. Esperando un momento a que el español soltara su mano, el ahora avergonzado capitán Delano levantó el pie, para sobrepasar el umbral de la pasarela abierta; pero Don Benito seguía sin soltarle la mano. Y sin embargo, con tono agitado, dijo: "No puedo ir más lejos; aquí debo decir adiós. Adiós, mi querido, querido Don Amasa. Vete!", soltando de pronto la mano, "vete, y que Dios te guarde mejor que a mí, mi mejor amigo".

No sin afectación, el capitán Delano se habría quedado ahora; pero captando la mirada dócilmente admonitoria del criado, con una apresurada despedida descendió a su bote, seguido por los continuos adioses de don Benito, que permanecía de pie en la pasarela.

Sentándose en la popa, el capitán Delano, haciendo un último saludo, ordenó que el barco zarpara. La tripulación tenía los remos en punta. Los de proa empujaron la embarcación una distancia suficiente para que los remos se soltaran longitudinalmente. Al instante, Don Benito saltó por encima de las amuradas, cayendo a los pies del capitán Delano; al mismo tiempo llamaba a su barco, pero en un tono tan frenético que nadie en el barco podía entenderle. Pero, como si no fueran igualmente obtusos, tres marineros, procedentes de tres partes distintas y distantes del barco, chapotearon en el mar, nadando tras su capitán, como si tuvieran intención de rescatarlo.

El consternado oficial del barco preguntó con impaciencia qué significaba aquello. A lo cual, el capitán Delano, dirigiendo una desdeñosa sonrisa al inexplicable español, respondió que, por su parte, ni lo sabía ni le importaba; pero parecía como si Don Benito se hubiera tomado a pecho producir entre su gente la impresión de que el barco quería secuestrarle. "O si no, ¡abran paso por sus vidas!", añadió salvajemente, sobresaltándose ante un estrépito en el barco, por encima del cual sonaba la campana de los pulidores de hachas; y agarrando a don Benito por el cuello, añadió: "¡Este pirata conspirador significa asesinato!". Aquí, en aparente verificación de las palabras, se vio al criado, con un puñal en la mano, en la barandilla por encima de la cubierta, preparado, en el acto de saltar, como si con desesperada fidelidad se hiciera amigo de su amo hasta el final; mientras, aparentemente para ayudar al negro, los tres marineros blancos intentaban trepar a la obstaculizada proa. Mientras tanto, toda la hueste de negros, como enardecidos a la vista de su capitán en peligro, se precipitaba en una avalancha de hollín sobre los baluartes.

Todo esto, con lo que precedió y lo que siguió, ocurrió con tal involución de rapidez, que pasado, presente y futuro parecían uno.

Viendo venir al negro, el capitán Delano había echado a un lado al español, casi en el acto mismo de agarrarle, y, por el inconsciente retroceso, cambiando de sitio, con los brazos en alto, tan rápidamente agarró al criado en su descenso, que con la daga presentada en el corazón del capitán De-

lano, el negro pareció de propósito haber saltado allí como a su blanco. Pero el arma fue arrancada, y el asaltante se precipitó al fondo de la barca, que ahora, con los remos desenredados, empezó a surcar el mar a toda velocidad.

En esta coyuntura, la mano izquierda del capitán Delano, por un lado, aferró de nuevo a Don Benito, que estaba medio tumbado, sin darse cuenta de que se había quedado sin habla, mientras que su pie derecho, por el otro lado, apoyaba en el suelo al negro postrado; y su brazo derecho presionaba el remo de popa para aumentar la velocidad, con la vista inclinada hacia delante, animando a sus hombres a que se esforzaran al máximo.

Pero aquí, el oficial de la embarcación, que por fin había logrado rechazar a los marineros remolcadores, y que ahora, con el rostro vuelto hacia popa, ayudaba al proel en su remo, llamó de repente al capitán Delano, para ver qué hacía el negro; mientras un remero portugués le gritaba que prestara atención a lo que decía el español.

Mirando a sus pies, el capitán Delano vio la mano libre del criado apuntando con un segundo puñal -uno pequeño, antes oculto en su lana- con el que se retorció serpenteante desde el fondo del barco, al corazón de su amo, con el semblante lívidamente vengativo, expresando el propósito centrado de su alma; mientras el español, medio ahogado, se apartaba en vano, con palabras roncadas, incoherentes para todos menos para el portugués.

En aquel momento, en la mente del capitán Delano, que llevaba mucho tiempo en vela, se produjo un destello de revelación que iluminó, con una claridad inesperada, todo el misterioso comportamiento de su anfitrión, con todos los enigmáticos acontecimientos del día, así como todo el pasado viaje del San Dominick. Golpeó la mano de Babo, pero su propio corazón le golpeó con más fuerza. Con infinita piedad retiró su asidero de Don Benito. No al capitán Delano, sino a Don Benito, el negro, al saltar a la barca, había pretendido apuñalar.

Las dos manos del negro estaban sujetas, cuando, al levantar la vista hacia el San Dominick, el capitán Delano, ahora con las escamas caídas de los ojos, vio a los negros, no en desgobierno, no en tumulto, no como frenéticamente preocupados por Don Benito, sino con la máscara arrancada, blandiendo hachas y cuchillos, en feroz revuelta pirática. Como delirantes derviches negros, los seis Ashantees bailaban en la popa. Impedidos por sus

enemigos de saltar al agua, los muchachos españoles se apresuraban a subir a las vergas más altas, mientras que los pocos marineros españoles que no estaban ya en el mar, menos alertas, se veían mezclados indefensos, en cubierta, con los negros.

Mientras tanto, el capitán Delano llamó a su propio barco, ordenando que se abriesen las portas y se disparasen los cañones. Pero para entonces el cable del San Dominick había sido cortado, y el cabo, al azotar, arrancó la cubierta de lona que cubría el pico, revelando de repente, mientras el casco blanqueado giraba hacia el océano abierto, la muerte como mascarón de proa, en un esqueleto humano; comentario calcáreo sobre las palabras escritas con tiza debajo: "Seguid a vuestro líder".

Al verlo, Don Benito, cubriéndose el rostro, lanzó un gemido: "¡Es él, Aranda! ¡Mi amigo asesinado e insepulto!".

Al llegar al sellador, pidiendo cuerdas, el capitán Delano ató al negro, que no opuso resistencia, y lo hizo izar a cubierta. Entonces habría ayudado a Don Benito, ahora casi indefenso, a subir por la borda; pero Don Benito, débil como era, se negó a moverse, o a ser movido, hasta que el negro hubiera sido puesto primero abajo, fuera de la vista. Cuando se le aseguró que se había hecho, ya no se negó a subir.

Inmediatamente se envió el bote de vuelta para recoger a los tres marineros nadadores. Mientras tanto, los cañones estaban preparados, aunque, debido a que el San Dominick se había deslizado algo a popa del cazador de focas, sólo el último pudo ser disparado. Con éste, dispararon seis veces, pensando en paralizar el barco fugitivo derribando sus vergas. Pero sólo dispararon a unas pocas cuerdas de poca consideración. Pronto el barco estuvo fuera del alcance de los cañones, dirigiéndose hacia el exterior de la bahía; los negros se agrupaban densamente alrededor del bauprés, un momento con gritos burlones hacia los blancos, al siguiente con gestos alzados aclamando a los ahora oscuros páramos de cuervos que graznaban en el océano escapados de las manos del cazador.

El primer impulso fue soltar los cables y darles caza. Pero, pensándolo mejor, perseguirlo con la ballenera y el yawl parecía más prometedor.

Al preguntar a Don Benito qué armas de fuego tenían a bordo del San Dominick, el capitán Delano recibió la respuesta de que no tenían ninguna

que pudiera utilizarse, porque, en las primeras fases del motín, un pasajero del camarote, ya muerto, había desordenado en secreto las cerraduras de los pocos mosquetes que había. Pero con todas las fuerzas que le quedaban, Don Benito suplicó al americano que no le persiguiera, ni con barco ni con lancha, pues los negros ya habían demostrado ser tan forajidos que, en caso de asalto, sólo cabía esperar una masacre total de los blancos. Pero, considerando esta advertencia como procedente de alguien cuyo espíritu había sido aplastado por la miseria, el americano no renunció a su designio.

Se prepararon y armaron los botes. El capitán Delano ordenó a sus hombres que subieran a ellas. Iba él mismo cuando Don Benito le agarró del brazo.

"¡Qué! ¿Me ha salvado la vida, señor, y ahora va a tirar la suya?"

También los oficiales, por razones relacionadas con sus intereses y los del viaje, y por un deber para con los propietarios, se opusieron firmemente a que su comandante fuera. Tras sopesar un momento sus protestas, el capitán Delano se sintió obligado a quedarse, y nombró jefe del grupo a su compañero principal, un hombre atlético y decidido que había sido corsario. Para animar aún más a los marineros, les dijeron que el capitán español daba su barco por perdido; que tanto él como su cargamento, que incluía algo de oro y plata, valían más de mil doblones. Tomadla, y no poca parte sería suya. Los marineros respondieron con un grito.

Los fugitivos estaban ya casi a punto de salir. Era casi de noche, pero la luna estaba saliendo. Tras duros y prolongados tirones, los botes llegaron a la borda, y a una distancia adecuada se echaron sobre los remos para descargar sus mosquetes. Al no tener balas que devolver, los negros lanzaron sus gritos. Pero, a la segunda descarga, como indios, lanzaron sus hachas. Una le arrancó los dedos a un marinero. Otra golpeó la proa de la ballenera, cortando allí la cuerda y quedándose clavada en la borda como el hacha de un leñador. Arrancándolo, tembloroso de su alojamiento, el oficial lo arrojó hacia atrás. El guantelete devuelto se clavó ahora en la cañonera rota del barco, y así permaneció.

Como los negros los recibieron con demasiado calor, los blancos se mantuvieron a una distancia más respetuosa. Manteniéndose ahora fuera del alcance de las hachas de guerra, con vistas al encuentro que pronto se produciría, intentaron engañar a los negros para que se despojaran por completo

de sus armas más mortíferas en una lucha cuerpo a cuerpo, lanzándolas tontamente al mar como proyectiles que no daban en el blanco. Pero, al poco tiempo, al darse cuenta de la estratagema, los negros desistieron, aunque no antes de que muchos de ellos tuvieran que sustituir sus hachas perdidas por picas de mano; un intercambio que, como se esperaba, resultó, al final, favorable a los asaltantes.

Mientras tanto, con un fuerte viento, el barco seguía surcando las aguas; los botes se rezagaban y se levantaban alternativamente para descargar nuevas andanadas.

El fuego se dirigía sobre todo hacia la popa, ya que allí se agrupaban principalmente los negros. Pero el objetivo no era matar o mutilar a los negros. El objetivo era capturarlos con el barco. Para ello, había que abordar el barco, lo que no podía hacerse con botes mientras navegara tan rápido.

Un pensamiento asaltó al oficial. Al ver que los muchachos españoles seguían en lo alto, tan alto como podían, les pidió que descendieran a las vergas y cortaran las velas a la deriva. Así se hizo. Aproximadamente en este momento, debido a causas que se expondrán más adelante, dos españoles, vestidos de marineros y que se mostraban de forma llamativa, fueron muertos; no por salvas, sino por disparos deliberados de tiradores; mientras que, como se supo después, por una de las descargas generales, Atufal, el negro, y el español que llevaba el timón también murieron. Ahora, con la pérdida de las velas y de los líderes, el barco se volvió ingobernable para los negros.

Con los mástiles crujiendo, se acercó pesadamente al viento; la proa se balanceaba lentamente a la vista de los barcos, su esqueleto brillaba a la luz horizontal de la luna y proyectaba una gigantesca sombra acanalada sobre el agua. Un brazo extendido del fantasma parecía hacer señas a los blancos para que se vengaran.

"¡Seguid a vuestro líder!", gritó el oficial; y, uno a cada proa, los botes embarcaron. Las lanzas y los sables se cruzaron con las hachas y las picas de mano. Acurrucadas en la lancha, las negras entonaban un cántico de lamentos, cuyo estribillo era el choque del acero.

Durante un tiempo, el ataque vaciló; los negros se acurrucaron para rechazarlos; los marineros, medio rechazados, incapaces aún de hacer pie, luchaban como soldados de caballería en la silla de montar, con una pierna

colgada lateralmente sobre las amuradas y la otra fuera, blandiendo sus sa-
bles como látigos de carretero. Pero fue en vano. Estaban a punto de ser
arrollados, cuando, reuniéndose en escuadra como un solo hombre, con un
huzza, saltaron a bordo, donde, enredados, volvieron a separarse involunta-
riamente. Durante unos instantes, se oyó un sonido interior, vago y sordo,
como el de un pez espada sumergido que se precipita de un lado a otro entre
bancos de peces negros. Pronto, en una banda reunida, a la que se unieron
los marineros españoles, los blancos salieron a la superficie, empujando
irresistiblemente a los negros hacia la popa. Pero junto al palo mayor se ha-
bía levantado una barricada de barriles y sacos, de lado a lado. Allí los ne-
gros se enfrentaron y, aunque desdeñaban la paz y la tregua, hubieran desea-
do un respiro. Pero, sin pausa, saltando la barrera, los infatigables marineros
volvieron a cerrarse. Agotados, los negros luchaban ahora con desespera-
ción. Sus lenguas rojas salían, como las de los lobos, de sus bocas negras.
Pero los dientes de los pálidos marineros estaban firmes; no dijeron ni una
palabra y, en cinco minutos más, el barco estaba ganado.

Casi una veintena de negros murieron. Aparte de los que murieron por las
pelotas, muchos quedaron destrozados; sus heridas, infligidas en su mayoría
por las lanzas selladoras de filo largo, semejantes a las afeitadas de los in-
gleses en Preston Pans, fueron hechas por las guadañas de asta de los High-
landers. En el otro bando, no murió ninguno, aunque varios resultaron heri-
dos; algunos de gravedad, incluido el compañero. Los negros supervivientes
fueron asegurados temporalmente, y el barco, remolcado de vuelta al puerto
a medianoche, volvió a quedar anclado.

Omitiendo los incidentes y arreglos subsiguientes, baste decir que, tras
pasar dos días reabasteciéndose, los barcos zarparon juntos hacia Concep-
ción, en Chile, y de allí a Lima, en Perú; donde, ante los tribunales virreina-
les, se investigó todo el asunto desde el principio.

Aunque, a mitad de la travesía, el malogrado español, liberado de la
coacción, mostró algunos signos de recobrar la salud con libre albedrío,
poco antes de llegar a Lima, de acuerdo con sus propios presentimientos,
sufrió una recaída, quedando finalmente tan reducido que fue llevado a tie-
rra en armas. Al enterarse de su historia y de su difícil situación, una de las
muchas instituciones religiosas de la Ciudad de los Reyes le abrió un refu-
gio hospitalario, donde tanto el médico como el sacerdote fueron sus enfer-

meros, y un miembro de la orden se ofreció voluntario para ser su único guardián y consolador especial, tanto de día como de noche.

Se espera que los siguientes extractos, traducidos de uno de los documentos oficiales españoles, arrojen luz sobre la narración precedente, así como, en primer lugar, revelen el verdadero puerto de partida y la verdadera historia del viaje del San Dominick, hasta el momento de su llegada a la isla de Santa María.

Pero, antes de pasar a los extractos, tal vez sea conveniente prologarlos con una observación.

El documento seleccionado, entre muchos otros, para su traducción parcial, contiene la declaración de Benito Cereno, la primera tomada en el caso. Algunas de las revelaciones que contiene fueron, en su momento, consideradas dudosas por razones tanto eruditas como naturales. El tribunal se inclinó por la opinión de que el declarante, no exento de perturbaciones mentales por los acontecimientos recientes, deliraba sobre algunas cosas que nunca podrían haber sucedido. Pero las declaraciones posteriores de los marineros supervivientes, que corroboraban las revelaciones de su capitán en varios de los detalles más extraños, dieron credibilidad al resto. De modo que el tribunal, en su decisión final, basó sus sentencias capitales en declaraciones que, de haber carecido de confirmación, no habría considerado sino un deber rechazar.

Yo, DON JOSÉ DE ABOS Y PADILLA, Escribano de Su Majestad para la Real Renta, y Registro de esta Provincia, y Escribano de la Santa Cruzada de este Obispado, etc.

Certifico y declaro, cuanto en derecho es menester, que, en la causa criminal comenzada el día veinticuatro del mes de septiembre del año mil seiscientos noventa y nueve, contra los negros del navío San Dominick, se hizo la siguiente declaración ante mí:

Declaración del primer testigo, DON BENITO CERENO.

El mismo día, y mes, y año, Su Señoría, el Doctor Juan Martínez de Rozas, Consejero de la Real Audiencia de este Reino, y docto en la ley de esta Intendencia, mandó comparecer al capitán del navío San Dominick, Don Benito Cereno; lo que hizo, en su litera, asistido del monje Infelez; de quien

recibió el juramento, que prestó por Dios, nuestro Señor, y señal de la Cruz; bajo el cual prometió decir verdad de cuanto supiere y le fuere preguntado; -y siendo interrogado conforme al tenor del acta de inicio del proceso, dijo, que el veinte de mayo último, zarpó con su nave del puerto de Valparaíso, con destino al del Callao; cargado con los productos del país además de treinta cajas de quincallería y ciento sesenta negros, de ambos sexos, en su mayor parte pertenecientes a don Alexandro Aranda, caballero, de la ciudad de Mendoza; que la tripulación del buque constaba de treinta y seis hombres, además de las personas que iban como pasajeros; que los negros eran en parte los siguientes:

[Aquí, en el original, sigue una lista de unos cincuenta nombres, descripciones y edades, recopilada de ciertos documentos recuperados de Aranda, y también de recuerdos del declarante, de los que sólo se extraen partes].

-Uno, de unos dieciocho a diecinueve años, llamado José, y éste era el hombre que servía a su amo, don Alexandro, y que habla bien el castellano, habiéndole servido cuatro o cinco años; * * * un mulato, llamado Francisco, el camarero del camarote, de buena persona y voz, habiendo cantado en las iglesias de Valparaíso, natural de la provincia de Buenos Ayres, de unos treinta y cinco años. * * * Un negro inteligente, llamado Dago, que había sido durante muchos años sepulturero entre los españoles, de cuarenta y seis años. * * * Cuatro negros viejos, nacidos en África, de sesenta a setenta años, pero sanos, calafates de oficio, cuyos nombres son los siguientes: -el primero se llamaba Muri, y fue asesinado (al igual que su hijo llamado Diamelo); el segundo, Nacta; el tercero, Yola, igualmente asesinado; el cuarto, Ghofan; y seis negros adultos, de treinta a cuarenta y cinco años, todos crudos y nacidos entre los ashantees -Matiluqui, Yan, Leche, Mapenda, Yambaio, Akim-, cuatro de los cuales fueron muertos; * * * un negro poderoso llamado Atufal, que como se suponía que había sido un jefe en África, su dueño le tenía en gran estima. * * * Y un pequeño negro de Senegal, pero algunos años entre los españoles, de unos treinta años, que se llamaba Babo; * * * que no recuerda los nombres de los demás, pero que aún esperando que se encuentre el resto de los papeles de Don Alexandra, tomará debida cuenta de todos ellos, y los remitirá al tribunal; * * * y treinta y nueve mujeres y niños de todas las edades.

[Terminado el catálogo, continúa la deposición]

* * * Que todos los negros dormían en cubierta, como es costumbre en esta navegación, y ninguno llevaba grilletes, porque el dueño, su amigo Aranda, le dijo que todos eran dóciles; * * * que el séptimo día después de salir de puerto, a las tres de la mañana, estando todos los españoles durmiendo excepto los dos oficiales de guardia, que eran el contra maestre, Juan Robles, y el carpintero, Juan Bautista Gayete, y el timonel y su mozo, los negros se sublevaron repentinamente, hirieron peligrosamente al contra maestre y al carpintero, y mataron sucesivamente a dieciocho hombres de los que dormían en cubierta, a unos con picas de mano y hachas, y a otros arrojándolos vivos por la borda, después de atarlos; que de los españoles que estaban en cubierta, dejaron unos siete, según cree, vivos y atados, para maniobrar el barco, y tres o cuatro más, que se escondieron, quedaron también vivos. Aunque en el acto de sublevación los negros se hicieron dueños de la escotilla, seis o siete heridos pasaron por ella a la cabina, sin ningún impedimento por su parte; que durante el acto de sublevación, el oficial y otra persona, cuyo nombre no recuerda, intentaron subir por la escotilla, pero al ser heridos rápidamente, se vieron obligados a regresar al camarote; que, al amanecer, el declarante decidió subir por el pasillo, donde estaba el negro Babo, que era el cabecilla, y Atufal, que le ayudaba, y, tras hablar con ellos, les exhortó a que dejaran de cometer tales atrocidades, preguntándoles, al mismo tiempo, qué querían y pretendían hacer, ofreciéndose él mismo a obedecer sus órdenes; que, a pesar de ello, arrojaron por la borda, en su presencia, a tres hombres vivos y atados; que le dijeron al declarante que subiera y que no lo matarían; que, hecho esto, el negro Babo le preguntó si había en aquellos mares algún país negro donde pudieran ser llevados, y él les respondió que no; que el negro Babo le dijo después que los llevara a Senegal o a las islas vecinas de San Nicolás, y él le respondió que no. Nicolás, a lo que él respondió que eso era imposible debido a la gran distancia, la necesidad de doblar el Cabo de Hornos, el mal estado de la nave, la falta de provisiones, velas y agua; pero que el negro Babo le contestó que debía llevarlos de cualquier manera; que harían y se conformarían a todo lo que el deponente les exigiera en cuanto a comer y beber; que después de una larga conferencia, viéndose absolutamente obligado a complacerles, pues amenazaban con matar a todos los blancos si no les llevaban a Senegal, les dijo que lo que más faltaba para el viaje era agua; que se acercarían a la costa para cogerla, y que desde allí seguirían su camino; que el negro Babo estuvo de acuerdo; y que el declarante se dirigió hacia los puertos intermedios,

con la esperanza de encontrar algún barco español o extranjero que les salvara; que al cabo de diez u once días avistaron la tierra, y continuaron su rumbo por ella en las proximidades de Nasca; que el declarante observó que los negros estaban ahora inquietos y amotinados, porque no había efectuado la toma de agua, habiendo exigido el negro Babo, con amenazas, que se hiciera, sin falta, al día siguiente; le dijo que veía claramente que la costa era escarpada, y que no se encontraban los ríos designados en los mapas, con otras razones adecuadas a las circunstancias; que el mejor camino sería ir a la isla de Santa María, donde podrían hacer agua fácilmente, por ser una isla solitaria, como hacían los extranjeros; que el declarante no fue a Pisco, que estaba cerca, ni hizo ningún otro puerto de la costa, porque el negro Babo le había insinuado varias veces que mataría a todos los blancos en el momento en que percibiera cualquier ciudad, pueblo o asentamiento de cualquier tipo en las costas a las que debían ser llevados: que habiendo decidido ir a la isla de Santa María, como el deponente había planeado, con el fin de probar si, en el paso o cerca de la propia isla, podían encontrar algún barco que les favoreciera, o si podía escapar de ella en un bote hasta la vecina costa de Arruco, para adoptar los medios necesarios cambió inmediatamente su rumbo, dirigiéndose a la isla; que los negros Babo y Atufal celebraban conferencias diarias, en las que discutían lo necesario para su designio de regresar a Senegal, si debían matar a todos los españoles, y en particular al deponente; que ocho días después de separarse de la costa de Nasca, estando el declarante de guardia poco después del amanecer, y poco después de que los negros tuvieran su reunión, el negro Babo llegó al lugar donde se encontraba el declarante y le dijo que había decidido matar a su amo, Don Alejandro Aranda, tanto porque él y sus compañeros no podían estar seguros de su libertad de otro modo, como que para mantener a los marineros sometidos, quería preparar una advertencia del camino que se les haría tomar si ellos o alguno de ellos se le oponía; y que, por medio de la muerte de Don Alejandro, sería mejor dar esa advertencia; pero, que lo que esto último significaba, el declarante no lo comprendió en ese momento, ni pudo comprenderlo, más allá de que se pretendía la muerte de Don Alejandro; y además el negro Babo propuso al declarante llamar al oficial Raneds, que estaba durmiendo en el camarote, antes de que se hiciera la cosa, por miedo, según entendió el declarante, a que el oficial, que era un buen navegante, fuera asesinado con Don Alejandro y el resto; que el declarante, que era amigo de juventud de Don Alejandro, rogó y conjuró, pero todo fue inútil, pues el

negro Babo le respondió que no se podía impedir, y que todos los españoles se arriesgaban a morir si intentaban frustrar su voluntad en este asunto o en cualquier otro; que, en este conflicto, el declarante llamó al segundo, Raineds, que se vio obligado a apartarse, e inmediatamente el negro Babo ordenó al ashantee Martinqui y al ashantee Lecbe que fueran a cometer el asesinato; que esos dos bajaron con hachas a la litera de Don Alexandro; que, aún medio vivo y destrozado, lo arrastraron a cubierta; que iban a arrojarlo por la borda en ese estado, pero el negro Babo se lo impidió, ordenando que se completara el asesinato en la cubierta ante él, lo que se hizo, cuando, por orden suya, el cuerpo fue llevado abajo, hacia adelante; que el declarante no volvió a verlo durante tres días; * * * que Don Alonzo Sidonia, un anciano, residente en Valparaíso desde hacía mucho tiempo, y nombrado recientemente para un cargo civil en Perú, adonde había tomado pasaje, dormía en ese momento en la litera opuesta a la de Don Alexandro; que despertando a sus gritos, sorprendido por ellos, y a la vista de los negros con sus hachas ensangrentadas en las manos, se arrojó al mar por una ventana que estaba cerca de él, y se ahogó, sin que el declarante pudiera socorrerlo ni sacarlo a flote; * * * que poco después de matar a Aranda, trajeron a cubierta a su primo alemán, de mediana edad, Don Francisco Masa, de Mendoza, y al joven Don Joaquín, Marqués de Aramboalaza, entonces recién llegado de España, con su criado español Ponce, y a los tres jóvenes dependientes de Aranda, José Mozairi Lorenzo Bargas, y Hermenegildo Gandix, todos de Cádiz; que Don Joaquín y Hermenegildo Gandix, el negro Babo, a los efectos que más adelante se dirán, conservaron con vida; pero Don Francisco Masa, José Mozairi, y Lorenzo Bargas, con Ponce el criado, junto al contra maestre, Juan Robles, los contra maestres, Manuel Viscaya y Roderigo Hurta, y cuatro de los marineros, el negro Babo ordenó que fueran arrojados vivos al mar, aunque no opusieron resistencia, ni suplicaron otra cosa que misericordia; que el contra maestre, Juan Robles, que sabía nadar, se mantuvo el mayor tiempo fuera del agua, haciendo actos de contrición, y, en las últimas palabras que pronunció, encargó a este deponente que hiciera decir misa por su alma a nuestra Señora del Socorro: * * * que, durante los tres días siguientes, el declarante, sin saber qué suerte habían corrido los restos de Don Alexandro, preguntó con frecuencia al negro Babo dónde se encontraban y, si aún estaban a bordo, si se iban a conservar para enterrarlos en tierra, rogándole que así lo ordenara; que el negro Babo no contestó nada hasta el cuarto día, cuando al amanecer, al subir el declarante a cubierta, el negro

Babo le mostró un esqueleto, que había sido sustituido por el mascarón de proa propio del barco: la imagen de Cristóbal Colón, el descubridor del Nuevo Mundo; que el negro Babo le preguntó de quién era aquel esqueleto, y si, por su blancura, no debía pensar que era de un blanco; que, al descubrir su rostro, el negro Babo, acercándose, dijo palabras en este sentido: "Mantén la fe con los negros desde aquí hasta Senegal, o seguirás en espíritu, como ahora en cuerpo, a tu líder", señalando a la proa; * * * que aquella misma mañana el negro Babo hizo avanzar sucesivamente a cada español, y le preguntó de quién era aquel esqueleto, y si, por su blancura, no debía pensar que era de un blanco; que cada español se cubrió la cara; que entonces el negro Babo repitió a cada uno las palabras que en primer lugar dijo al declarante; * * * que estando entonces (los españoles) reunidos a popa, el negro Babo les arengó, diciendo que ya lo había hecho todo; que el declarante (como navegante de los negros) podía seguir su curso, advirtiéndole a él y a todos ellos que debían, en alma y cuerpo, seguir el camino de Don Alexandro, si les veía (a los españoles) hablar o tramar algo contra ellos (los negros) -amenaza que se repetía todos los días; que, antes de los últimos acontecimientos mencionados, habían atado al cocinero para arrojarlo por la borda, pues no se sabe qué cosa le oyeron decir, pero finalmente el negro Babo le perdonó la vida, a petición del declarante; que pocos días después, el declarante, esforzándose por no omitir ningún medio para preservar la vida de los blancos restantes, habló a los negros de paz y tranquilidad, y acordó redactar un documento, firmado por el declarante y los marineros que sabían escribir, así como por el negro Babo, por él mismo y por todos los negros, en el que el declarante se obligaba a llevarlos a Senegal, y ellos a no matar más, y formalmente a entregarles el barco, con la carga, con lo que quedaron por aquel tiempo satisfechos y tranquilos. * Pero al día siguiente, con mayor seguridad para evitar que los marineros escapasen, el negro Babo ordenó que destruyesen todas las embarcaciones excepto la lancha, que no estaba en condiciones de navegar, y otra, un cúter en buenas condiciones, que sabiendo que aún sería necesario para remolcar los barriles de agua, lo hizo bajar a la bodega.

* * * * *

[Siguen varios detalles de la prolongada y perpleja navegación, con incidentes de una calma calamitosa, de los que se extrae un pasaje, a saber:].

* * * * *

-Que omitiendo otros sucesos, que ocurrían a diario, y que sólo pueden servir inútilmente para recordar desgracias y conflictos pasados, después de setenta y tres días de navegación, contados desde el momento en que zarparon de Nasca, durante los cuales navegaron bajo una escasa provisión de agua, y se vieron afligidos por las calmas antes mencionadas, llegaron por fin a la isla de Santa María, el día diecisiete del mes de agosto, a eso de las seis de la tarde, hora en que echaron el ancla muy cerca del navío americano Bachelor's Delight, que se hallaba en la misma bahía, al mando del generoso capitán Amasa Delano; pero a las seis de la mañana ya habían divisado el puerto, y los negros se inquietaron en cuanto vieron a lo lejos el barco, pues no esperaban ver ninguno allí; que el negro Babo los apaciguó, asegurándoles que no debían temer; que en seguida mandó cubrir con lona la figura de proa, como para reparaciones, e hizo arreglar un poco las cubiertas; que durante un rato el negro Babo y el negro Atufal discutieron; que el negro Atufal estaba a favor de zarpar, pero que el negro Babo no quiso y, por su cuenta, se puso a pensar qué hacer; que por fin se acercó al declarante, proponiéndole decir y hacer todo lo que el declarante declara haber dicho y hecho al capitán americano; * que el negro Babo le advirtió que si variaba en lo más mínimo, o pronunciaba cualquier palabra, o daba cualquier mirada que pudiera dar la menor insinuación de los acontecimientos pasados o del estado actual, le mataría instantáneamente, con todos sus compañeros, mostrando una daga, que llevaba escondida, diciendo algo que, según entendió, significaba que esa daga estaría alerta como su ojo; que el negro Babo anunció entonces el plan a todos sus compañeros, lo que les complació; que entonces, para disimular mejor la verdad, ideó muchos expedientes, en algunos de los cuales unía el engaño y la defensa; que de este tipo era la estratagema de los seis Ashantees antes nombrados, que eran sus bravos; que a ellos los estacionó en el descanso de la popa, como si fueran a limpiar ciertas hachas (en estuches, que formaban parte de la carga), pero que en realidad eran para usarlas y distribuirlas en caso de necesidad, y que a una palabra dada les dijo; que, entre otras artimañas, estaba la de presentar a Atufal, su mano derecha, como encadenado, aunque en un momento podían soltarse las cadenas; que en todo momento informó al declarante del papel que debía representar en cada artimaña, y de la historia que debía contar en cada ocasión, amenazándole siempre con la muerte instantánea si variaba lo más mínimo: que, consciente de que muchos de los negros serían turbulentos, el negro Babo designó a los cuatro negros ancianos, que eran calafates,

para que mantuvieran el orden doméstico que pudieran en las cubiertas; que una y otra vez arengó a los españoles y a sus compañeros, informándoles de su intención, y de sus artimañas, y de la historia inventada que este deponente debía contar; acusándoles de que ninguno de ellos se desviara de esa historia; que estos preparativos se hicieron y maduraron durante el intervalo de dos o tres horas, entre que avistaron por primera vez el barco y la llegada a bordo del capitán Amasa Delano; que esto sucedió hacia las siete y media de la mañana, que el capitán Amasa Delano llegó en su barco y que todos le recibieron con alegría; que el declarante, tan bien como pudo, actuando entonces como propietario principal y capitán libre del barco, dijo al capitán Amasa Delano, cuando le llamaron, que venía de Buenos Ayres, con destino a Lima, con trescientos negros; que frente al Cabo de Hornos, y en una fiebre posterior, habían muerto muchos negros; que también, por bajas similares, habían muerto todos los oficiales de mar y la mayor parte de la tripulación.

* * * * *

[Y así continúa la declaración, relatando circunstancialmente la historia ficticia dictada al declarante por Babo, y a través del declarante impuesta al capitán Delano; y relatando también las ofertas amistosas del capitán Delano, con otras cosas, pero todo lo cual se omite aquí. Tras el relato ficticio, etc. la declaración prosigue:]

* * * * *

-que el generoso capitán Amasa Delano permaneció a bordo todo el día, hasta que abandonó el barco anclado a las seis de la tarde, hablándole siempre el deponente de sus pretendidas desdichas, bajo los principios antes mencionados, sin haber tenido a bien decirle una sola palabra, ni darle la menor insinuación, para que conociera la verdad y el estado de las cosas; porque el negro Babo, desempeñando el oficio de criado oficioso con toda la apariencia de sumisión del humilde esclavo, no se separó del deponente ni un momento; que esto era para observar las acciones y palabras del declarante, pues el negro Babo entiende bien el español; y además, había por allí otros que vigilaban constantemente, y también entendían el español; * * * que en una ocasión, mientras el declarante estaba de pie en cubierta conversando con Amasa Delano, el negro Babo le apartó (al declarante) mediante una señal secreta, acto que pareció originado por el declarante; que

entonces, al apartarle, el negro Babo le propuso obtener de Amasa Delano todos los detalles sobre su barco, tripulación y armas; que el declarante preguntó: "¿Para qué?" el negro Babo respondió que para lo que pudiera imaginar; que, apenado ante la perspectiva de lo que pudiera sucederle al generoso capitán Amasa Delano, el declarante se negó al principio a hacer las preguntas deseadas y utilizó todos los argumentos posibles para inducir al negro Babo a renunciar a este nuevo designio; que el negro Babo mostró la punta de su daga; que, una vez obtenida la información, el negro Babo volvió a apartarle, diciéndole que aquella misma noche él (el declarante) sería capitán de dos barcos, en lugar de uno, ya que, como gran parte de la tripulación del barco americano se ausentaría para pescar, los seis Ashantees, sin nadie más, lo tomarían fácilmente; que en ese momento dijo otras cosas con el mismo propósito; que ninguna súplica sirvió de nada; que, antes de que Amasa Delano subiera a bordo, no se había dado ninguna pista sobre la captura del barco americano: que el declarante se vio impotente para impedir este proyecto; * * * que en algunas cosas su memoria es confusa, no puede recordar con claridad todos los acontecimientos; * * * que en cuanto echaron el ancla a las seis de la tarde, como ya se ha dicho, el capitán americano se despidió para volver a su barco; que por un impulso repentino, que el declarante cree que vino de Dios y de sus ángeles, después de la despedida, siguió al generoso capitán Amasa Delano hasta la borda, donde se quedó, con la excusa de despedirse, hasta que Amasa Delano se hubiera sentado en su barco; que al zarpar, el declarante saltó de la borda al barco, y cayó en él, no sabe cómo, guardándole Dios; que...

* * * * *

[Aquí, en el original, sigue el relato de lo que sucedió después en la huida, y de cómo se retomó el San Dominick, y del paso a la costa; incluyendo en el recital muchas expresiones de "eterna gratitud" al "generoso capitán Amasa Delano". La declaración prosigue con observaciones recapitulativas y una enumeración parcial de los negros, dejando constancia de su participación individual en los acontecimientos pasados, con el fin de proporcionar, de acuerdo con la orden del tribunal, los datos en los que basar las sentencias penales que se dicten. De esta parte se desprende lo siguiente:]

-Que cree que todos los negros, aunque no conocían en primer lugar el designio de la revuelta, cuando ésta se llevó a cabo, lo aprobaron. * Que el negro José, de dieciocho años y al servicio personal de Don Alexandro, fue

quien comunicó la información al negro Babo sobre el estado de cosas en el camarote antes de la revuelta; que esto se sabe porque, en la medianoche anterior, solía venir desde su litera, que estaba debajo de la de su amo, en el camarote, a la cubierta donde estaban el cabecilla y sus socios, y mantenía conversaciones secretas con el negro Babo, en las que fue visto varias veces por el oficial; que, una noche, el oficial lo echó dos veces; * * que este mismo negro José fue quien, sin que el negro Babo se lo ordenara, como Lecbe y Martinqui, apuñaló a su amo, Don Alexandro, después de que lo arrastraran medio muerto a cubierta; * * que el mayordomo mulato, Francesco, formaba parte de la primera banda de sublevados, que era, en todo, la criatura y la herramienta del negro Babo; que, para hacer su corte, justo antes de una comida en el camarote, propuso al negro Babo envenenar un plato para el generoso capitán Amasa Delano; esto se sabe y se cree, porque los negros lo han dicho; pero que el negro Babo, teniendo otro designio, se lo prohibió a Francesco; * * que el Ashantee Lecbe era uno de los peores de ellos; que, el día en que se retomó el barco, ayudó en su defensa, con un hacha en cada mano, con una de las cuales hirió, en el pecho, al primer oficial de Amasa Delano, en el primer acto de abordaje; esto lo sabían todos; que, a la vista del declarante, Lecbe golpeó, con un hacha, a Don Francisco Masa, cuando, por orden del negro Babo, lo llevaba para arrojarlo por la borda, vivo, además de participar en el asesinato, antes mencionado, de Don Alexandro Aranda, y otros de los pasajeros del camarote; que, debido a la furia con que lucharon los Ashantees en el enfrentamiento con los botes, sólo sobrevivieron el tal Lecbe y Yan; que Yan era tan malo como Lecbe; que Yan fue el hombre que, por orden de Babo, preparó voluntariamente el esqueleto de Don Alexandro, de una forma que los negros contaron después al declarante, pero que él, mientras le quede razón, nunca podrá divulgar; que Yan y Lecbe fueron los dos que, en la calma de la noche, remacharon el esqueleto a la proa; esto también se lo contaron los negros; que el negro Babo fue quien trazó la inscripción bajo él; que el negro Babo fue el conspirador desde el principio hasta el fin; ordenó todos los asesinatos y fue el timón y la quilla de la revuelta; que Atufal fue su lugarteniente en todo; pero Atufal, con su propia mano, no cometió ningún asesinato; ni tampoco el negro Babo; * * que Atufal fue fusilado, siendo muerto en la lucha con los barcos, antes de embarcar; * * que las negras, mayores de edad, eran conocedoras de la revuelta, y se declararon satisfechas de la muerte de su amo, Don Alexandro; que, si los negros no las hubieran contenido, habrían torturado hasta

la muerte, en lugar de simplemente matar, a los españoles asesinados por orden del negro Babo; que las negras utilizaron toda su influencia para que se deshicieran del deponente; que, en los diversos actos de asesinato, cantaron canciones y bailaron, no alegremente, sino con solemnidad; y que antes del enfrentamiento con los barcos, así como durante la acción, cantaron canciones melancólicas a los negros, y que este tono melancólico era más enardecedor de lo que habría sido otro, y así se pretendía; que todo esto se cree, porque los negros lo han dicho. -que de los treinta y seis hombres de la tripulación, excluidos los pasajeros (todos ellos ya muertos), de los que el declarante tenía conocimiento, sólo quedaban vivos seis, con cuatro grumetes y mozos de a bordo, no incluidos en la tripulación; * * que los negros rompieron un brazo a uno de los grumetes y le propinaron golpes con hachas.

[A continuación siguen varias revelaciones aleatorias referidas a diversos periodos de tiempo. Se extraen las siguientes:]

-Que durante la presencia del capitán Amasa Delano a bordo, se hicieron algunos intentos por parte de los marineros, y uno por parte de Hermenegildo Gandix, para transmitirle indicios del verdadero estado de las cosas; pero que estos intentos fueron ineficaces, debido al temor de incurrir en la muerte, y, además, debido a las artimañas que ofrecían contradicciones al verdadero estado de las cosas, así como debido a la generosidad y piedad de Amasa Delano incapaz de sondear tal maldad; * * * Que Luys Galgo, un marinero de unos sesenta años de edad, que había pertenecido a la armada del rey, fue uno de los que intentaron llevar pruebas al capitán Amasa Delano; pero que, aunque no se descubrió su intención, se sospechó de él y, con un pretexto, se le obligó a retirarse fuera de la vista y, finalmente, a entrar en la bodega, donde se le hizo desaparecer. Esto es lo que los negros han dicho desde entonces: * * * que uno de los mozos del barco, al sentir, por la presencia del capitán Amasa Delano, ciertas esperanzas de ser liberado, y no teniendo suficiente prudencia, dejó caer alguna palabra casual sobre sus expectativas, que al ser oída y comprendida por un mozo esclavo con el que estaba comiendo en ese momento, éste le golpeó en la cabeza con un cuchillo, infligiéndole una grave herida, de la que el mozo ya se está curando; que, asimismo, poco antes de que el barco fondeara, uno de los marineros, que gobernaba en aquel momento, se puso en peligro al dejar que los negros observaran alguna expresión en su semblante, derivada de

una causa similar a la anterior; pero este marinero, por su atenta conducta posterior, escapó; * * * que estas declaraciones se hacen para demostrar al tribunal que, desde el principio hasta el final de la revuelta, era imposible que el declarante y sus hombres actuaran de otro modo a como lo hicieron; * que el tercer empleado, Hermenegildo Gandix, que antes se había visto obligado a vivir entre los marineros, vistiendo un hábito de marinero y aparentando serlo en todos los aspectos para la época, fue asesinado por una bala de mosquete disparada por error desde los barcos antes de embarcar, habiendo corrido asustado hacia la jarcia de mesana, gritando a los barcos: "No embarquéis", no fuera que al embarcar le mataran los negros; que esto indujo a los americanos a creer que de algún modo favorecía la causa de los negros, le dispararon dos balas, de modo que cayó herido de la jarcia y se ahogó en el mar; * * *-que el joven Don Joaquín, Marqués de Aramboalaza, al igual que Hermenegildo Gandix, el tercer empleado, fue degradado al oficio y apariencia de un vulgar marinero; que en una ocasión en que don Joaquín se encogió, el negro Babo ordenó al ashante Lecbe que cogiera alquitrán y lo calentara, y lo vertiera sobre las manos de don Joaquín; * * * que don Joaquín fue asesinado debido a otro error de los americanos, pero imposible de evitar, ya que al acercarse los barcos, don Joaquín, con un hacha de guerra atada de canto y en posición vertical a la mano, fue hecho aparecer por los negros sobre las amuradas; a raíz de lo cual, visto con las armas en las manos y en dudosa altitud, fue fusilado por marinero renegado; * * * que en la persona de don Joaquín se halló secretada una joya, que, por papeles que se descubrieron, se probó que estaba destinada al santuario de Nuestra Señora de la Merced de Lima; un exvoto, preparado y custodiado de antemano, para atestiguar su gratitud, cuando hubiera desembarcado en el Perú, su último destino, por la conclusión segura de todo su viaje desde España; * * * *-que la joya, con los demás efectos del difunto don Joaquín, está bajo la custodia de los hermanos del Hospital de Sacerdotes, en espera de la disposición del honorable tribunal; * Que, debido a la condición del declarante, así como a la prisa con la que los barcos partieron para el ataque, los americanos no fueron advertidos de que había, entre la aparente tripulación, un pasajero y uno de los oficinistas disfrazados del negro Babo; que, además de los negros muertos en la acción, algunos murieron después de la captura y el reanclaje por la noche, cuando estaban encadenados a las argollas de la cubierta; que estas muertes fueron cometidas por los marineros, antes de que pudieran ser evitadas. Que tan pronto como fue informado

de ello, el capitán Amasa Delano hizo uso de toda su autoridad y, en particular con su propia mano, abatió a Martínez Gola, quien, habiendo encontrado una navaja de afeitar en el bolsillo de una vieja chaqueta suya, que uno de los negros encadenados llevaba puesta, estaba apuntando con ella a la garganta del negro; que el noble capitán Amasa Delano también arrancó de la mano de Bartholomew Barlo un puñal, guardado en secreto en el momento de la masacre de los blancos, con el que estaba apuñalando a un negro encadenado que, ese mismo día, junto con otro negro, le había tirado al suelo y se había abalanzado sobre él;

Dijo que tiene veintinueve años de edad, y que está quebrantado en cuerpo y mente; que cuando finalmente sea destituido por el tribunal, no regresará a su casa en Chili, sino que se retirará al monasterio del monte Agonia sin; y firmó con su honor, y se persignó, y, por el momento, partió como vino, en su litera, con el monje Infelez, al Hospital de Sacerdotes.

BENITO CERENO.

DOCTOR ROZAS.

Si la Deposition ha servido de llave para encajar en la cerradura de las complicaciones que la preceden, entonces, como una bóveda cuya puerta ha sido echada hacia atrás, el casco de San Domingo yace hoy abierto.

Hasta ahora, la naturaleza de esta narración, además de hacer inevitables las complejidades del principio, ha exigido más o menos que muchas cosas, en lugar de exponerse en el orden en que ocurrieron, se dieran retrospectivamente, o de forma irregular; este último es el caso de los siguientes pasajes, que concluirán el relato:

Durante el largo y suave viaje a Lima, hubo, como ya se ha dicho, un período durante el cual el enfermo recobró un poco la salud o, al menos en cierto grado, la tranquilidad. Antes de la decidida recaída que sobrevino, los dos capitanes mantuvieron muchas conversaciones cordiales: su fraternal desenfado contrastaba singularmente con anteriores retraimientos.

Una y otra vez se repitió lo duro que había sido representar el papel que Babo había impuesto al español.

"Ah, mi querido amigo", dijo una vez don Benito, "en aquellos mismos momentos en que me considerabas tan malhumorado e ingrato, es más, cuando, como ahora admites, casi pensabas que tramaba tu asesinato, en

aquellos mismos momentos mi corazón estaba helado; no podía mirarte, pensando en lo que, tanto a bordo de este barco como del tuyo, pendía, de otras manos, sobre mi amable benefactor. Y vive Dios, don Amasa, que no sé si sólo el deseo de mi propia seguridad me habría enervado para aquel salto a vuestra barca, de no haber sido por el pensamiento de que, si vos, no iluminado, volvierais a vuestro barco, vos, mi mejor amigo, con todos los que pudieran estar con vos, robados aquella noche en vuestras hamacas, nunca en este mundo habríais vuelto a despertar. Piensa cómo caminabas por esta cubierta, cómo te sentabas en este camarote, cada palmo de tierra minado en panales de miel bajo ti. Si hubiera dejado caer la menor insinuación, si hubiera hecho el menor avance hacia un entendimiento entre nosotros, la muerte, la muerte explosiva -tuya como mía- habría acabado con la escena."

"Cierto, cierto", gritó el capitán Delano, sobresaltándose, "me habéis salvado la vida, don Benito, más que yo la vuestra; me la habéis salvado, además, contra mi conocimiento y voluntad."

"No, amigo mío", replicó el español, cortés hasta la religión, "Dios encantó tu vida, pero tú salvaste la mía. Y pensar en algunas cosas que hicisteis: esas burlas y chácharas, señalamientos y gestos temerarios. Por menos que éstas, mataron a mi compañero, Raneds; pero tú tenías el salvoconducto del Príncipe del Cielo a través de todas las emboscadas."

"Sí, todo se debe a la Providencia, lo sé: pero el temperamento de mi mente aquella mañana era más que comúnmente agradable, mientras que la visión de tanto sufrimiento, más aparente que real, aumentaba mi bondad, compasión y caridad, entrelazando felizmente las tres. Si hubiera sido de otro modo, sin duda, como insinúas, algunas de mis interferencias habrían terminado de forma bastante infeliz. Además, esos sentimientos de los que hablé me permitieron superar la desconfianza momentánea, en momentos en que la agudeza podría haberme costado la vida, sin salvar la de otro. Sólo al final mis sospechas pudieron más que yo, y ya sabes lo equivocadas que resultaron entonces".

"Amplias, ciertamente", dijo don Benito, con tristeza; "estuviste conmigo todo el día; estuviste conmigo, te sentaste conmigo, hablaste conmigo, me miraste, comiste conmigo, bebiste conmigo; y, sin embargo, tu último acto fue agarrar por monstruo, no sólo a un hombre inocente, sino al más lasti-

moso de todos los hombres. Hasta tal punto pueden imponerse las maquinaciones y los engaños malignos. Hasta tal punto puede errar incluso el mejor hombre, al juzgar la conducta de alguien con los recovecos de cuya condición no está familiarizado. Pero fuiste forzado a ello; y a tiempo fuiste desengañado. Ojalá, en ambos aspectos, fuera así siempre, y con todos los hombres".

"Generalizáis, don Benito; y con bastante tristeza. Pero el pasado ya pasó; ¿por qué moralizar sobre él? Olvidalo. Mira, aquel sol brillante lo ha olvidado todo, y el mar azul, y el cielo azul; éstos se han vuelto hojas nuevas".

"Porque no tienen memoria", respondió abatido; "porque no son humanos".

"Pero estos suaves oficios que ahora abanicen tu mejilla, ¿no vienen a ti con una curación similar a la humana? Amigos cálidos, amigos firmes son los oficios".

"Con su firmeza no hacen sino llevarme a la tumba, Señor", fue la premonitoria respuesta.

"Te has salvado", gritó el capitán Delano, cada vez más asombrado y dolido; "te has salvado: ¿qué te ha ensombrecido tanto?".

"El negro".

Se hizo el silencio, mientras el hombre malhumorado permanecía sentado, recogiendo lenta e inconscientemente su manto a su alrededor, como si fuera un sudario.

No hubo más conversación aquel día.

Pero si la melancolía del español terminaba a veces en el mutismo sobre temas como el anterior, había otros sobre los que nunca hablaba; sobre los que, de hecho, se amontonaban todas sus viejas reservas. Pasemos por alto los peores y, sólo para dilucidarlos, citemos uno o dos de ellos. El vestido, tan preciso y costoso, que llevaba el día cuyos acontecimientos se han narrado, no se lo había puesto de buena gana. Y aquella espada de plata, símbolo aparente del mando despótico, no era, en realidad, una espada, sino el fantasma de una. La vaina, endurecida artificialmente, estaba vacía.

En cuanto al negro -cuyo cerebro, no cuerpo, había tramado y dirigido la revuelta, con el complot-, su delgado cuerpo, inadecuado para lo que sostenía, había cedido enseguida a la superior fuerza muscular de su captor, en la barca. Al ver que todo había terminado, no emitió sonido alguno, ni pudo ser obligado a hacerlo. Su aspecto parecía decir: ya que no puedo realizar actos, no pronunciaré palabras. Encadenado en la bodega, con el resto, fue llevado a Lima. Durante la travesía, Don Benito no le visitó. Ni entonces, ni en ningún momento posterior, quiso mirarle. Ante el tribunal se negó. Al ser presionado por los jueces, se desmayó. Sólo sobre el testimonio de los marineros descansaba la identidad legal de Babo.

Unos meses después, arrastrado a la horca por la cola de una mula, el negro encontró su fin sin voz. El cuerpo fue reducido a cenizas; pero durante muchos días, la cabeza, ese hervidero de sutileza, fijada en un poste de la Plaza, se encontró, imperturbable, con la mirada de los blancos; y al otro lado de la Plaza miraba hacia la iglesia de San Bartolomé. Bartolomé, en cuyas bóvedas dormían entonces, como ahora, los huesos recuperados de Aranda; y al otro lado del puente del Rímac miraban hacia el monasterio, en el monte Agonia a las afueras; donde, tres meses después de ser destituido por la corte, Benito Cereno, llevado en el féretro, siguió, en efecto, a su líder. Nos encontramos ante un libro de viajes y aventuras en la isla de Nuku Hiva, en las islas Marquesas del Pacífico Sur. Está parcialmente basado en las propias experiencias de Herman Melville allí, donde pasó un mes junto con su compañero Toby Greene y decidió escribir sobre ello.

El libro intercala una ficción de aventuras con comentarios reales sobre la vida de los habitantes del valle de Typee. Detalla sus costumbres, comida, vestimenta y hogares. Esta obra le dio una gran fama a Melville y le hizo ser conocido como el hombre que vivió entre los caníbales.

El relato de ficción comienza con los jóvenes marineros Tommo y Toby que deciden abandonar el barco ballenero en el que viajaban en las Islas Marquesas. Sin embargo, allí son atacados por la tribu caníbal Typee y huyen a través de la jungla. Se verán envueltos en un conflicto entre tribus donde luchan los Typee y la tribu del valle vecino Happar.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB